Félix Lope de Vega y Carpio

El principe perfecto



GENIO MALIGNO

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

El principe perfecto

GENIO MALIGNO

El principe perfecto, de Félix Lope de Vega y Carpio.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1635. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1706.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_principe_perfecto_II. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Dedicatoria

El principe perfecto

Segunda Parte

Félix Lope de Vega y Carpio

Dedicatoria

Dedicada a don Álvaro Enríquez de Almansa, Marqués de Alcañices, Gentilhombre de la Cámara de su Majestad y su montero mayor, caballero del hábito de Santiago y Señor de la casa de Almansa y su tierra

En tanto que con diferentes rimas celebra mi ignorancia el claro nombre de Vuesa Señoría, promesa que cumpliré sin falta, ofrezco a Vuesa Señoría la Segunda parte del príncipe perfecto, el Rey don Juan el II de Portugal, espejo verdaderamente de toda perfección, y por quien dijo bien Plutarco: Que los Reyes eran ministros de Dios para el cuidado y salud de los hombres, y para que de los bienes que les dio, parte guardasen y parte distribuyesen. El nuestro, que Dios guarde, es tan divino ejemplar en tan tiernos años que pudiera escusar la historia propuesta, a no ser justo proponer estas excelentes acciones en mayores progresos, a todo heroico Príncipe. Pues vemos de su entendimiento y de su anticipada prudencia

tales efetos porque sin ella (como dijo Lipsio) la fuerza y las riquezas son inútiles; y de su valiente ánimo tales bríos referidos de Vuesa Señoría con tanto gusto, mostrándome las lanzas y sus resplandecientes hierros vestidos de sangre, con que hace pedazos en el campo tan bravas fieras. Pues de la caza a la milicia hay tan poca distancia que por preludio de la guerra fue de los persas tan alabada, y así la llamó Natal Conde en su primero libro de Venatione.

El principe perfecto

Segunda Parte

Félix Lope de Vega y Carpio

Dura batalla de Marte.

Y lo sintió Cicerón, llamándola Semejanza de la diciplina bélica. No se despreciaron de enseñarla Platón y Jenofonte, cuyo ejercicio, para descansar de los cuidados de la República, fue tan acepto al emperador Antonino, aunque era filósofo como refiere Julio Capitolino. Y ansimismo Lampridio de Severo y Diodoro de Alejandro, hombre que no se olvidó de la caza cuando conquistaba el mundo. Los daños encarecen muchos con los ejemplos que cuenta de Adriano y de su caballo, Elio Esparciano y las Corónicas de España del Rey Fabila. Pero los mismos peligros tiene la guerra inescusable si llega la ocasión al generoso Príncipe, como se vio en Carlos V, matando en Túnez por sus manos el Moro, que tenía entre los pies del caballo aquel hidalgo sevillano que conocía el Cefar. Y no se debe mirar, ni es justo, por el provecho cierto, el peligro dudoso; y así fue opinión de Plinio el mayor: Que agradan más las cosas que se buscan con peligro; porque allí sintió Quintiliano, que consistía más el afecto. Ni se entienden los gastos que reprehende San Agustín con los reyes soberanos,

en cuya monarquía grande no imponen necesidad, antes conveniencia de su grandeza, autoridad y pompa, siendo uno de los mayores adornos a la admiración de los estranjeros, de quien con más cuidado son advertidas las Cortes. No querría que lo fuese mi atrevimiento de Vuesa Señoría, viendo hablar en la caza un hombre, desde que nació, solo inclinado a las Musas. Pero estando el ejemplo tan presente en el gusto con que Vuesa Señoría las mira y celebra, y tal vez por su entretenimiento las honra con sus versos, tendré disculpa y confesaré la envidia de los que pueden ocupar algunas horas en este belicoso ejercicio. Lea finalmente. Vuesa Señoría el Príncipe perfecto, pues aunque este nombre no viniera aquí tan a propósito, era fuerza decir que lo era Vuesa Señoría en todas cuantas acciones se debe a sí mismo un caballero de tan heroicas partes, y a quien nuestro señor guarde, como deseo.

Capellán de Vuesa Señoría

Lope de Vega Carpio.

No consta cabecera.

Personas

El principe perfecto II

Félix Lope de Vega y Carpio

Figuras de la comedia

EL REY DE PORTUGAL

LA REINA

EL PRÍNCIPE DON ALFONSO

LOPE DE SOSA

EL PRIOR

DON GUTIERRE

DON NUÑO

EL CONDE DON FERNANDO

DOÑA LEONOR

UN LETRADO

TRISTÁN

MADANELA, villana

UN MAESTRESALA

OCTAVIO

MELO
MENDO

ÁLVARO
BRITO, villano
MARGARIDA, mujer de Álvaro
UN PAJE
SILVIA
UN ALCALDE
UN CRIADO

FERNANDO
JULIA
PORCELO
ALBERTO
LA PRINCESA
GUZMÁN DE SIDONIA
LOS MÚSICOS

Acto I

Sale el PRÍNCIPE DON ALFONSO , vistiéndose; LOPE DE SOSA , con la capa y la espada, y un PAJE , con el espejo, y los músicos y el CONDE DON FERNANDO .

DON ALFONSO:

Estrecho viene este cuello:
muestra el espejo, Tristán.

TRISTÁN:

Antes está muy galán:
rízate un poco el cabello.

DON ALFONSO:

¡Qué cosa para mi padre!

DON FERNANDO:

Puesto que el Rey, mi señor,
procede con el rigor
que es bien que a un príncipe cuadre,
no todo se ha de poner
en aquella ejecución

que pide su perfección

DON ALFONSO:

¿Y no es justo obedecer?

DON FERNANDO:

Lo mismo corre en los reyes
que en las leyes.

DON ALFONSO:

Bien le imitas.

DON FERNANDO:

Es común cosa que escritas
están con sangre las leyes,
pero el discreto juez
ablanda con su piedad
aquella riguridad.

DON ALFONSO:

¡Ensanchen más otra vez
estos puños, que la mano
toma sangre si se aprieta!

LOPE DE SOSA:

Dijo una cosa discreta
Julia al gran César romano,
porque un día la riñó
del vestirse poco honesto
y otro día más compuesto
vestido y rostro sacó:

«Ayer a gusto venía
de mi marido, señor,
y hoy vengo al vuestro.»

DON ALFONSO:

En rigor
mejor un hombre se cría
con estos justos preceptos.
Dadme la capa y la espada.

LOPE DE SOSA:

¿Cuál destas joyas te agrada?
¡Y déjate de conceptos!

(Una salva.)

DON ALFONSO:

Dadme esas dos cadenillas.
¡Hola, vosotros cantad!

(Póngaselas.)

TRISTÁN:

Si hoy sales por la ciudad
perdonen las almohadillas.

DON ALFONSO:

¿No se hará mucha labor?

TRISTÁN:

Los ojos te llevarás.

DON ALFONSO:

¿Ahora tiemplas?

MÚSICOS:

No es más
de la prima.

DON ALFONSO:

Di a Leonor...

MÚSICOS:

En la fuente está Leonor,
lava el cántaro llorando
sus amigas preguntando:
«¿Vistes por allá mi amor?».
«No lo hemos visto, Leonor.»

LOPE DE SOSA:

¿Has oído cierta glosa
a esta canción?

DON ALFONSO:

Dila a ver.

TRISTÁN:

Poeta debe de ser
el galán Lope de Sosa.

LOPE DE SOSA:

Leonor a su amor buscando,
y de amor la mayor prueba,
agua a la fuente sacando,
más que en el cántaro lleva

la restituye llorando.
El curso murmurador
aumenta con sus enojos
pues que buscando su amor
con dos fuentes de sus ojos
en la fuente está Leonor.
Sus amigas que la veen
están de verla admiradas
y ella se guarda tan bien,
que hay lágrimas envidiadas
cuando son por querer bien.

LOPE DE SOSA:

La fuente se está alegrando
de las perlas que atesora
y ella, en fin, disimulando,
porque no piensen que llora
lava el cántaro llorando.
Mas viéndose retratar
del agua como de espejo,
por él quiere preguntar:
quiere mudar de consejo,
que no es remedio el llorar.
Como se aumenta callando
lo que el corazón inflama,
quiere descansar hablando,
porque descansa, quien ama,

sus amigas preguntando.
Fuera de que es natural
al amoroso accidente,
descansa en remedio igual,
que decir lo que se siente
mucho disminuye el mal.
Comunicando el dolor,
el alma en descanso está,
y así les dice Leonor:
«Si el mío veis por acá,
¿vistes por allá mi amor?»
«Tu amor, le responden ellas,
habemos visto, serrana,
en esas lágrimas bellas
con que toda la mañana
llora el sol por dos estrellas.
Puede ser que a tu pastor
olvido, Leonor, detenga:
porque fuera de tu amor,
amor que este nombre tenga
no le hemos visto, Leonor.»

DON ALFONSO:
¿Quién la hizo?
LOPE DE SOSA:
Un criado tuyo.

DON ALFONSO:

¿Eres tú?

LOPE DE SOSA:

Pienso que sí,
de mi padre lo aprendí:
todo aqueste estilo es suyo.

DON FERNANDO:

Fue, señor, don Juan de Sosa,
un valiente trovador.

DON ALFONSO:

Quísole el Rey, mi señor,
por su espada y por su prosa.

LOPE DE SOSA:

Embajador fue a Castilla
para aqueste casamiento.

DON ALFONSO:

Heredas su entendimiento.

LOPE DE SOSA:

Mi amor a tus pies se humilla.

DON ALFONSO:

Ponte, Lope, este diamante
y vosotros proseguid
la canción, pero advertid
que esta mañana se cante.

(Sale el REY , en comenzando a tañer, y suspéndanse todos.)

REY DE PORTUGAL:

¿Está Alfonso levantado?

LOPE DE SOSA:

Sí, señor.

REY DE PORTUGAL:

En el ruido
lo pude haber conocido
aun antes que hubiera entrado.

DON ALFONSO:

Deme Vuestra Majestad
la mano.

REY DE PORTUGAL:

Y la bendición.
¿Quién son estos?

DON ALFONSO:

Todos son
criados.

REY DE PORTUGAL:

¡Cantad, cantad!

DON ALFONSO:

No, señor, que ya vestido
no es razón que canten más.

REY DE PORTUGAL:

Bueno presumo que está.
Alfonso, ¿cómo has dormido?

DON ALFONSO:

A tu servicio muy bien.

REY DE PORTUGAL:

Campo, Príncipe, pareces
que con música amaneces,
mas bien es que te la den.
¿Has tomado espadas ya?

DON ALFONSO:

No, señor.

REY DE PORTUGAL:

¿Ni la lición
de letras?

DON ALFONSO:

Las ocho son:
presumo que tiempo habrán.

REY DE PORTUGAL:

¿Lope de Sosa está aquí?

LOPE DE SOSA:

Sí, señor.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué le enseñáis?

LOPE DE SOSA:

Cuando vós presente estáis,
más os oye a vós que a mí.

REY DE PORTUGAL:
¿Qué leéis?
LOPE DE SOSA:
De cielo y mundo.
REY DE PORTUGAL:
¿A quién tenéis por autor?
LOPE DE SOSA:
A Aristóteles, señor.
REY DE PORTUGAL:
¿Qué parte?
LOPE DE SOSA:

El libro segundo.
Que era noble calidad,
la luz, ayer enseñaba
y si los celestes cuerpos
entre sus esferas andan
naturalmente o se mueven
en círculo pues se engañan
los que con tal opinión
afirman que tienen alma.
Dijimos también, señor,
qué diferencia se halla
entre la naturaleza
angélica soberana

y nuestra alma.

REY DE PORTUGAL:

¿Pues cuál es?

LOPE DE SOSA:

Ser unible al cuerpo el alma
y componer una cosa
los dos, aunque si se apartan
pueda tener subsistencia
donde Dios quiere que vaya,
y la del ángel no puede
unirse a materia humana
ni en efeto corporal.

REY DE PORTUGAL:

Pues decidme: ¿por qué causa
esta distinción hicistes?

LOPE DE SOSA:

Para mostrar que tocaba
no más de por su virtud
a inteligencia las altas
ruedas del primero móvil,
como la nave animada
de la ciencia del piloto,
no porque en la nave hay alma

REY DE PORTUGAL:

Bien parece a un caballero
la ciencia.

LOPE DE SOSA:

Señor, las armas
nunca embotaron la pluma:
César por ejemplo basta.

REY DE PORTUGAL:

Con razón a vuestro padre,
don Juan de Sosa, estimaba:
con la misma Alfonso estima
vuestra pluma y vuestra espada.

LOPE DE SOSA:

A los dos beso los pies.

REY DE PORTUGAL:

Proseguid.

LOPE DE SOSA:

Ahora trata
nuestra lección que del modo
que se divide y separa
esta elemental región,
la experiencia nos declara,
la antigua filosofía
y la teología santa,
que también la celestial
se divide en partes varias:

siete planetarios orbes
antiguamente formaban
algunos, el primer móvil
haciendo la esfera otava.
Pero después, convencidos
que el movimiento que anda
del Oriente al Occidente,
de Occidente a Oriente pasa,
añadieron otra esfera
con más arte y vigilancia
que Alfragano y Tolomeo,
y este movimiento llaman
de trepidación, que encierra
los dos.

REY DE PORTUGAL:
¿Y de ese quién habla?
LOPE DE SOSA:
Jorge Purbaquio y Lignerio,
con Alfonso, rey de España.
Sobre estas el cielo impíreo,
os enseña la fe santa,
quieto y lleno de gloria
y de luz divina y clara.
Llámase «impíreo» que quiere
decir 'del fuego'. Que es tanta
la claridad que su lumbre

a este término trasladan.
Aquí reposan, señor,
las almas que a verle alcanzan
en presencia del cordero
con ropas rojas o blancas.

REY DE PORTUGAL:
¿Tiene alguna acción?
LOPE DE SOSA:
Ninguna,
porque a las segundas causas
influyen los que se mueven.
Él, sin moverse, descansa.

REY DE PORTUGAL:
¿Once son, en fin, los cielos?
LOPE DE SOSA:
Sí, señor; y este orden guardan,
el impíreo y primer móvil,
el cristalino, en que hay agua,
el firmamento, y tras él
siete esferas planetarias,
Saturno, Júpiter, Marte,
el Sol, que ocupa la cuarta,
Venus, Mercurio y la Luna.

(Sale el PRIOR .)

PRIOR:

El obispo de la Guarda,
revestido en el altar,
aguarda que a misa vaya
Vuestra Majestad.

REY DE PORTUGAL:

Alfonso:
aquí las lecciones paran.
Nunca aunque grandes negocios
os ocupen antes salga
que vós quien ha de decirla.
Y si la salud no os falta,
no oigáis en la cama misa,
que no es cortesía cristiana
que baje del cielo Dios
y le esperéis en la cama:
venid.

DON ALFONSO:

Vuestra hechura soy.

REY DE PORTUGAL:

Si viniera a vuestra casa
un rey: ¿saliérades della?

DON ALFONSO:

Sí, señor.

REY DE PORTUGAL:

¿Pues qué ventaja
hará Dios a un rey?

DON ALFONSO:

Señor,
en infinita distancia
no se admite proporción.

REY DE PORTUGAL:

Pues hijo, aquesta mañana
aprended esta lección:
que también las hay del alma.

(Vanse.)

(Sale DOÑA LEONOR , dama.)

DOÑA LEONOR:

Dulces pasiones de amor,
centro de mi pensamiento,
no en balde a vuestro tormento
llaman «alegre dolor»:
con razón tuve temor
de embarcarme en vuestro mar.
Suspensa estuve al entrar
pero, ya que dentro estoy,
o veré el puerto a que voy
o me tengo de anegar.
En el amor, que es injusto,

es esclava la razón
y, con injusta pasión,
sirve el alma y reina el gusto.
Mas, donde es amor tan justo,
la razón su imperio tiene:
amar lo que me conviene
es discreta ley de estado,
y más cuando concertado
desde las estrellas viene.

DOÑA LEONOR:
Pintó con discreto celo
la Antigüedad dos amores:
uno con varios colores,
hijo del terrestre suelo,
y el otro del puro cielo
para dar con su belleza
aumento a naturaleza.
Luego hay amor cuya unión
es rayo del corazón
sin abrasar la corteza.
Tampoco se conservara
el mundo sin vós, amor,
porque sois el mar mayor
donde cuanto vive para.
¿Pero quién, amor, no amara
con tantas partes un hombre

y de tanta fama y nombre?
Pues no hay cosa más perfeta
que amar una alma discreta
en un cuerpo gentilhombre.

(Sale TRISTÁN .)

TRISTÁN:

Ya, como tengo licencia
del señor embajador,
sin ella me entro, Leonor,
a vuestra hermosa presencia.
Temprano estáis levantada,
presto tomastes consejo
con el cristal del espejo...
Ya estaréis enamorada
de vós misma, que también
dan los espejos aviso
de la fuente de Narciso...
Y aquí entra la copla bien:
«Si no habéis de dar favores
sino a quien se iguale a vós,
a solas podréis con vós
andar, señora, de amores.»
¡Bravo mayo os habéis puesto
en esa cabeza hermosa!

DOÑA LEONOR:

Pensé que entraba la glosa.

TRISTÁN:

Sois vós muy difícil testo...
Pero yo sé quién decía
hoy una glosa a Su Alteza
que, si no a vuestra tristeza,
a vuestro nombre sería.

DOÑA LEONOR:

¿Era letra portuguesa?

TRISTÁN:

En la fuente está Leonor,
mas glosola un cierto autor
que vuestra lengua profesa.
Y no le falta razón,
porque es medio castellano.

DOÑA LEONOR:

No lo entiendo.

TRISTÁN:

Pues bien llano
llevo en esta danza el son...
Su padre a Castilla fue
como el vuestro vino acá,
y trujo mujer de allá
bella de la frente al pie:
¿pues no será maravilla
que a su hijo en caso igual

le suceda en Portugal
lo que a su padre en Castilla?

DOÑA LEONOR:

Mi padre es embajador
aquí del rey castellano:
si allá vive el lusitano,
¿de qué presumes su amor?

TRISTÁN:

A quien no quiere entender,
¿quién le podrá persuadir?
La glosa me dio a sentir
que él os debe de querer.

DOÑA LEONOR:

¿Quién es él?

TRISTÁN:

Lope de Sosa.
¿Habeislo entendido ya?

DOÑA LEONOR:

Ya lo entiendo, bien está.
Dime en portugués la glosa.

TRISTÁN:

En a fonte está Leonor,
lava o cántaro chorando,
suas amigas preguntando:
«¿Vistes la o meu amor?»

«Naon le hemos visto, Leonor.»

DOÑA LEONOR:

¡Y eso ha glosado por mí!
¡Luego yo lloro por él!

TRISTÁN:

No hizo esta copla él:
fue fuerza glosarla ansí.
Pero el nombre de Leonor
le dio el gusto y fue la musa.

DOÑA LEONOR:

Del testimonio te acusa
que yo a nadie tengo amor.

TRISTÁN:

No lo dicen los ojuelos
ni la boca con la risa,
que el uno y otro me avisa,
ya por perlas ya por velos.
Fía de mí y te diré
un secreto...

DOÑA LEONOR:

De tu humor
temerosa estoy...

TRISTÁN:

Leonor:
fidalgo soy, no hay de qué.

DOÑA LEONOR:
¿Qué secreto me dirás?
TRISTÁN:
Que me hace Lope de Sosa
alcahuete de una hermosa:
no puedo decirte más.

DOÑA LEONOR:
¡Harto has dicho! ¿Es en palacio
o en la ciudad?

TRISTÁN:
Fuera es:
lo demás sabrás después,
cuando estemos más de espacio.

DOÑA LEONOR:
¡Cómo espacio! ¡No te irás
sin que me lo digas todo!

TRISTÁN:
Pues si quieres de ese modo,
¿para qué negando estás?

DOÑA LEONOR:
No quiero, que no es amor
el deseo de saber

cosa tan propia en mujer.

TRISTÁN:

Aquí lo vieras mejor,
en un papel que me ha dado,
si se pudiera quitar
la oblea.

DOÑA LEONOR:

Si al despegar
te pusiese algún cuidado,
podrá volverse a poner.

TRISTÁN:

Con el aliento la ablanda.
([Aparte.]
Lo que amor cubriendo anda,
celos lo dan a entender.
Mas ¡qué propio de los celos
abrir papeles, mirar
por resquicios, preguntar
mil cosas con mil desvelos!
¡Ea! ¿Quitose la nema?

DOÑA LEONOR:

Quitose, aunque me ha costado,
Tristán, notable cuidado.

TRISTÁN:

¿Y esto no es amor?

DOÑA LEONOR:

Es tema.

(Lea.)

«El principio del nombre de mi dama
le dio un 'león', no puede ser más fiero.
El fin le dio mi 'amor', que al fin espero
lo que merece quien padece y ama.
Entre un león y amor vive mi llama
donde mi muerte y vida considero:
cuanto al león, de vida desespero;
cuanto al amor, a su piedad me llama.
Mas, ¡ay!, que si el león tiene más parte,
pues cuatro letras son, no espero vida,
que amor le dio las dos por no cansarte.
Mas justas en Leonor, aunque ofendida,
dejando la crueldad del león aparte,
serás por el amor agradecida.»

TRISTÁN:

Y para ti me le ha dado...

DOÑA LEONOR:

¿Pues para qué me has cansado?

TRISTÁN:

Para conocer tu amor.

DOÑA LEONOR:

En fin: ¿don Lope me quiere?

TRISTÁN:

Él lo dice y yo lo creo:
haga Leonor un deseo,
que por tu hermosura muere.

DOÑA LEONOR:

Ya que siendo tan discreto
de ti se fio, Tristán,
y los amores no están
sin un tercero secreto:
sabe que le tengo amor,
y como decís acá,
saudades su amor me da.

TRISTÁN:

En la fuente está Leonor...

DOÑA LEONOR:

¡Y cómo si estoy mirando
mis tristezas cuidadosa!

TRISTÁN:

... hace que bebe y celosa
lava el cántaro llorando...

DOÑA LEONOR:

Dile, Tristán, que me vea
esta noche en mi ventana.

TRISTÁN:

Él vendrá a verla mañana
y el sol que en ella desea.

DOÑA LEONOR:

¿Quiéreme bien? Que dudando
lo estoy...

TRISTÁN:

Amor hay aquí
cuando va Leonor ansí
sus amigas preguntando.

DOÑA LEONOR:

No te espante mi temor
ni que descanse contigo,
pues hasta las piedras digo:
¿vistes por allá mi amor?

TRISTÁN:

Que no respondo en rigor
y de tu temor lo arguyo,
porque otro amor como el tuyo
no le hemos visto, Leonor.

(Sale LOPE DE SOSA , el PRIOR , DON GUTIERRE y el CONDE DON FERNANDO y el REY y el PRÍNCIPE .)

REY DE PORTUGAL:

Con esta devoción y este cuidado,
para que deis a todos buen ejemplo,

habéis de estar en el lugar sagrado:
es el lugar de más respeto el templo.
Venid conmigo: advertiréis el modo
con que gobierno el reino en que os contemplo.

DON ALFONSO:

Vós sois claro, señor, mi espejo en todo.

REY DE PORTUGAL:

Adiós, Prior. Adiós, Lope de Sosa.
(Vanse el REY y el PRÍNCIPE .)
¡Qué bien a tales hombres me acomodo!

PRIOR:

Tu condición y sangre generosa
levanta tres hechuras a tres brazos
cual húmedo vapor la llama hermosa.

DON FERNANDO:

[Aparte.]
Don Gutierre: al Prior y a Lope abrazos,
y a nosotros los rayos de sus ojos.

DON GUTIERRE:

[Aparte.]
Pueden iras de un rey hacer pedazos
solamente mirando con enojos
las torres de su reino más sublimes.

DON FERNANDO:

[Aparte.]
¿De quién procederán estos antojos?

DON GUTIERRE:

[Aparte.]
Si con ellos la cólera reprimes,
diré que de los dos que hablan secreto.

DON FERNANDO:

[Aparte.]
Mas es razón que mi valor estimes...
Señor prior, quien tiene mal concepto
del pecho de los hombres de mi estado,
que en lo que es calidades no me meto,
y con siniestra información turbado
tiene el rostro de un rey con sus parientes,
o es envidioso o mal intencionado.
El vulgo de los hombres maldicientes
no vive en estas salas.

PRIOR:

Paso, Conde,
que no se juzga bien por accidentes.
Si el Rey a mí y a Sosa corresponde
con esta voluntad que ahora vistes,
y su cara parece que os esconde,
debe de ser porque ocasión le distes,
que lo es muy grande estar del Rey quejoso,

pues sabe que con quejas le ofendistes.

DON GUTIERRE:

El Rey, prior, aunque hombre valeroso
y de divino y claro entendimiento,
¿no puede en algo ser defectüoso?

LOPE DE SOSA:

No, don Gutierre, pues al bien atento
de sus vasallos vela eternamente
y lleva a Dios por luz y fundamento.

DON FERNANDO:

Pues ¿es justo que envíe tanta gente
en forma de jüeces al estado
del título, del grande y del pariente,
y que miren allí con qué cuidado
se administra justicia y otras cosas
que tocan al señor o le han tocado?

PRIOR:

Nunca sin informarle cuán forzosas
eran en Portugal las residencias,
que son en esta edad tan provechosas,
mandara el Rey hacer las diligencias
que ha hecho de su reino en los estados,
sobre que son tan grandes diferencias.
Si sabe que los pobres son tratados
con tan grande aspereza y tiranía,

y los que no lo son mal gobernados...
Si sus pobres haciendas cada día
les quitan sin razón, ¿de qué se espanta
que lo remedie el Rey, vuseñoría?
El más vil hombre, la más tierna planta,
vive a sombra del Rey y él le asegura,
con su favor se acuesta y se levanta,
lo que el procurador de Cortes jura
a todos igualmente comprehende,
que con la voz común su bien procura.
Imita el Rey a Dios, a todo estiende
la gran juridición de su corona
porque, como castiga, así defiende.

DON GUTIERRE:

Eso la ley y la razón lo abona,
que es alma de la ley. Mas yo quisiera
que el Rey sin interpósita persona
al dueño del estado remitiera
lo que hacen los jüeces, y que alguno,
pues que no es del Consejo, no le diera.

PRIOR:

Aquí no pienso yo que habrá ninguno
que le aconseje mal y al que lo piensa...

DON FERNANDO:

Ni el tiempo ni el lugar es oportuno.

LOPE DE SOSA:

Donde quiera hay lugar para la ofensa.

(Salga el REY , en empuñándose dos a dos.)

REY DE PORTUGAL:

¡Que «donde quiera hay lugar
para la ofensa»! ¿Qué es esto?
Prior, ¿pues vós descompuesto?

PRIOR:

Quisiera y no puedo hablar.

REY DE PORTUGAL:

¡Salid allá, don Gutierre!
Vós, Conde, ¿qué hacéis aquí?

DON FERNANDO:

¿Señor en qué os ofendí?

REY DE PORTUGAL:

Lope esa puerta se cierre.

LOPE DE SOSA:

Ya, señor, lo está.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué es esto?

PRIOR:

Si yo os pudiera engañar
procurara disculpar
al Conde.

REY DE PORTUGAL:

Decildo presto.

PRIOR:

Señor, la locuacidad
del vulgo y sus torpes leyes
suele decir que a los reyes
nunca se dice verdad...
Y esto es tan grande mentira
como las demás vulgares
en que, con voces dispares,
como está loco, delira.
Pues pienso, y son justas leyes,
que nadie de los mortales
oye, y más cuando son tales,
más verdades que los reyes.
Porque ¿quién se ha de atrever
a mentir al rey, imagen
de Dios?

REY DE PORTUGAL:

Prólogos se atajen,
que aquí no son menester.

PRIOR:

Señor, don Fernando siente,
y de su parcialidad
muchos, que esa majestad...

REY DE PORTUGAL:

No más, ya lo sé, pariente.
Y pues ya sé lo que ha dicho,
no quiero que lo digáis
para que decir podáis
que vós no me lo habéis dicho.
Encomendole el silencio
a un pintor el maestresala,
a quien esta historia iguala
o poco la diferencio.
Quejose el rey de que allí
le hubiesen dejado entrar,
queriéndolo averiguar.
Y él, por parecerse a mí,
pintó en los blancos manteles
su rostro con un carbón
con tan viva perfección
como retrato de Apeles.
Así yo lo que ha pasado,
y que tanto a mi honor toca,
no lo sé de vuestra boca
mas basta verlo pintado.
¡Mirad, hola, si está ahí
uno de aquestos jueces!

PRIOR:

Inteligencia pareces.

(Sale un LETRADO .)

LETRADO:

Yo, señor, estoy aquí.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué hay del estado del Conde?

LETRADO:

Señor, su gobernador
es persona de valor:
a su oficio corresponde.
Imputáronle que había
tomado, pero engañados,
mil y quinientos cruzados.

REY DE PORTUGAL:

¡Qué buenas manos tenía!
Centena, millar de cuentos
son los de aquese jüez...
pues caben en dedos diez,
cruzados mil y quinientos.
En fin, eso le imputaron...
¿No hicistes información?

LETRADO:

Contra su buena opinión
veinte y dos pobres juraron,
pero luego recebí
cuatro ricos principales

que le abonaron iguales
y contestaron allí.
Conque, vista la malicia
de los pobres y enemigos
y el valor de los testigos
para gastos de justicia,
le condené que pagase
cuarenta cruzados.

REY DE PORTUGAL:

Bien;
vós lo juzgastes muy bien
y así es bien que por bien pase.
En fin que en una balanza
veintidós pobres pesáis
con cuatro ricos y dais
más peso al que más alcanza.
¿Dónde estudiastes?

LETRADO:

Señor,
en Coimbra.

REY DE PORTUGAL:

En mis galeras
fuera mejor.

PRIOR:

¿Ya qué esperas?

LETRADO:

Hablalde, señor prior.

REY DE PORTUGAL:

Que pese un pobre tan poco
no me espanto, está desnudo:
siempre, en fin, quien poco pudo
sufre mucho y vale poco.
Un rico, Lope de Sosa,
con el peso del vestido,
calza y jubón guarnecido,
con la cadena lustrosa,
con las joyas y diamantes,
claro está que ha de pesar,
y más si se ha de estimar
en contrastes semejantes.
¡Ay de aquellos peces chicos!
¡Ay, pobres, qué compasión!
Pues ya solamente son
los jumentos de los ricos.
Ellos les traen el pan,
el vestido y el calzado,
si es pobre y noble, es Criado:
este descanso le dan.
Ahora bien, señor juez:
vós os sentenciad a vós.

PRIOR:

Señor, perdonad, por Dios,
este ignorante esta vez.

REY DE PORTUGAL:

Ya le perdono, prior,
pero esto en siendo pagados
mil y quinientos cruzados
que tomó el gobernador.
Estos se han de repartir
entre pobres del estado.

(Vase el REY .)

LOPE DE SOSA:

Id con Dios, señor letrado,
que no fue poco vivir.

LETRADO:

¡A los dos beso los pies!
Voy a pagar el dinero.

(Sale ALFONSO, príncipe.)

DON ALFONSO:

Más ha de un hora que espero,
prior. Vereisme después,
que tengo que hablar a Sosa.

PRIOR:

Mozos con mozos, señor.

DON ALFONSO:

Hablemos cosas de amor,
¡pesia vida tan ociosa!
Yo sé que mi padre fue,
antes de sus perfecciones,
a más de cuatro estaciones
de quien hoy fruto se ve
como es don Jorge, mi hermano.

LOPE DE SOSA:

Ya, señor, vendrá tu esposa,
que no nació más hermosa
en el reino castellano.

DON ALFONSO:

Yo lo confieso, don Lope;
pero quien quiere reñir
suele enseñarse a esgrimir
antes que al contrario tope:
¿cómo he de saber hablar
con una dama tan bella
si lo que más dicen della
es su ingenio singular?
Claro está que no estaréis
sin amor... ¿A quién amáis?

LOPE DE SOSA:

Si vós palabra me dais
que a ninguno lo diréis,
yo os diré cierto sujeto
que me tiene el alma allá.

DON ALFONSO:

Juro.

LOPE DE SOSA:

Basta, bien está,
como jurado lo aceto.
Vuestra Alteza no se empeñe,
que un rey en causa cualquiera
basta que diga «¡Primera!»
sin que las cartas enseñe.
Quiero, y por mujer conquisto,
la bella doña Leonor,
hija del embajador
de Castilla.

DON ALFONSO:

No la he visto.

LOPE DE SOSA:

Esta noche la veréis...
Digo veréis en su reja,
y si visitarse deja
también la visitaréis.
Porque tengo concertado
irla a ver...

DON ALFONSO:

Pues vamos, Sosa,
que en otra causa amorosa
fue mi padre disfrazado
a guardar la puerta al vuestro
y lo mismo sabré hacer.

LOPE DE SOSA:

No nos ha de suceder,
señor, caso tan siniestro,
porque anduvo el Rey después
con un alma en mil trabajos.

DON ALFONSO:

No entiendo tanto de tajos,
que agora voy de revés:
disfrazado, a divertirme,
saldré con hábito suelto.

LOPE DE SOSA:

Algo está el cielo revuelto.

DON ALFONSO:

Sabrá mejor encubrirme.

LOPE DE SOSA:

La noche de varios modos
ayuda a la libertad.

DON ALFONSO:

Es como universidad
que da liciones a todos.

(Salen el REY y el PRIOR .)

REY DE PORTUGAL:

No me quiero recoger
hasta saber si hay alguno
que quiera hablarme.

PRIOR:

Ninguno,
gran señor, debe de haber.

REY DE PORTUGAL:

Haceldo mirar, que Dios
nos puso en este lugar
para oír gobernar.

PRIOR:

Todos, señor, como vós.

REY DE PORTUGAL:

Tuvo Dios un rey abuelo
que mil veces le pedía
que oyese al pobre y decía
que juzgase su buen celo.
Por los montes entendió
los ricos, y por los valles
los pobres, para mostralles
que paz y amistad pidió

para los ricos, y luego
para los pobres justicia.
Quien la administra, codicia
para su reino sosiego,
y esta en los reyes es ley
aunque trabajo se tome.
Dad voces.

PRIOR:

¿Hay algún home
que queira falar a o Rey?

(Sale OCTAVIO, caballero.)

OCTAVIO:

Otras veces, gran señor,
hablé a Vuestra Majestad
sobre mi comodidad.

REY DE PORTUGAL:

Mucho estimo vuestro amor.

OCTAVIO:

Sabe Dios que no me mueve
otro interés.

REY DE PORTUGAL:

Yo lo creo,
porque tan claro deseo
no es menester que se pruebe.

OCTAVIO:

Muchos príncipes pudiera
servir en Italia y Flandes,
y con partidos tan grandes
que honrado y rico viviera.
Pero viendo que os llamaban
a vós «Príncipe perfeto»,
y que en el mejor sujeto
mis servicios se empleaban,
me determiné a servir
al más perfecto señor
con gusto, lealtad, amor
y asistencia hasta morir.
Justo consejo me mueve
que en discreto me emplease,
porque si no me pagase
conociese que me debe.

REY DE PORTUGAL:

Octavio, vuestra persona
estimo, agradezco y quiero,
aunque admitir estranjero
no suele nuestra corona.
Pero pues deseo y amor
os hacen propio y propicio,
yo os recibo en mi servicio.

OCTAVIO:

Beso vuestros pies, señor.

(Sale MADANELA , villana, con una cesta.)

MADANELA:

A la fe que he de gozar
de la puerta y de esos pies.

REY DE PORTUGAL:

Prior, aún habrá después
mil que quieran negociar.

MADANELA:

Señor, yo soy de una aldea,
por decillo en dos palabras,
donde apaciento unas cabras.
El cielo conmigo sea,
que toda me voy turbando...
No me mire, por su vida,
que no hablaré de perdida
si acaso me está mirando.
Sucediole a mi Carillo,
que nunca le sucediera,
cierto enojo en la ribera,
no estaré para decillo.
Ahora bien, yo truje acá
estos blancos naterones,
que dicen sus infanzones
que bravo enojo le da

el dar nada a los jüeces,
y pues él es el jüez
mayor, tómelos, ¡pardiez!,
y esta quillotra de nueces.

REY DE PORTUGAL:

Vós habéis hecho muy bien
y como mujer discreta,
y así este soborno aceta
el Rey y jüez también.
¡Hola! A la Reina llevad
este presente y decid
que se guarde, y advertid
que tiene en él la mitad
como mujer del jüez.
Vós, cuando coma mañana,
venid, discreta aldeana:
negociaréis de una vez.

MADANELA:

Pues no se olvide de mí.

REY DE PORTUGAL:

¿Cómo os llamáis?

MADANELA:

Madanela.

REY DE PORTUGAL:

Lo que desto se recela,
Prior, ya lo veis aquí.

Si no abriéramos la puerta
perdiéramos los jüeces
estas natas y estas nueces:
¿veis cómo está bien abierta?

PRIOR:

Señor, porque descansases
la cerraba a toda ley,
que es lástima, aunque eres rey,
que tantos trabajos pases.

(Sale ÁLVARO .)

ÁLVARO:

Nunca, señor, para ningún efeto
desconfiaron de piedad las canas,
cuanto más en un príncipe perfeto
con acciones que son tan soberanas.
Con esto la justicia me prometo
que desde las riberas lusitanas
al más opuesto polo alaba el mundo,
pues os llama perfeto y sin segundo.
No es bien que os desagrade la alabanza
pues todos ya vuestras virtudes saben,
de quien ni engaño ni lisonja alcanza
pues vemos que Dios quiere que le alaben.
Hablando, pues, con esta confianza,
pues en vuestro valor mayores caben,
sabed, señor, que un bofetón me han dado

de que estoy doloroso y afrentado.
Por vida de la reina, mi señora,
y así veáis de Alfonso claros nietos,
que castiguéis con mano vengadora
la causa de tan bárbaros efetos,
y aunque parezcan, rey supremo, agora
de mi sangre rigores imperfetos,
sabed que yo engendré quien, atrevido,
sangriento autor del bofetón ha sido.

REY DE PORTUGAL:
¿Hijo vuestro os hirió?
ÁLVARO:
Verdad os digo.
REY DE PORTUGAL:
No sé por dónde en ley cupiese humana,
para tan gran maldad, justo castigo:
traedme aquí vuestra mujer mañana.

ÁLVARO:
Sí haré, señor, y esa piedad bendigo,
gloria de vuestra sangre lusitana.

REY DE PORTUGAL:
Por vida de Leonor que no se alabe.
PRIOR:
Mal habéis hecho, aunque el delito es grave.

(Vanse, y sale el PRÍNCIPE de noche, LOPE DE SOSA y TRISTÁN .)

LOPE DE SOSA:

Voy con notable temor
que el Rey, mi señor, lo sepa.

DON ALFONSO:

Si acompañaba a tu padre
no será justo que temas.
Como un Rodamonte voy:
ojalá que me salieran
mil cuerpos, aunque sus almas
después me hablaran en pena.

TRISTÁN:

Si habéis de desenfadar
las vuestras, ya estamos cerca
de dos mozas como un oro,
porque del mucho que pescan
están en él convertidas.

LOPE DE SOSA:

¿Luego el oro al oro truecan?

DON ALFONSO:

Esas habrá menester
la casa de la moneda:
di que las hagan escudos.

TRISTÁN:

Aquí hay dos como dos perlas,
pero doncellas entrambas
y en estremo bachilleras.

DON ALFONSO:

Pues si son perlas, Tristán,
y solo de hablar se precian,
cosa que me enfada tanto:
póntelas en las orejas.

LOPE DE SOSA:

Aquí, señor, me parece
que entretenerte pudieras
un rato.

DON ALFONSO:

¿Conoces algo?

LOPE DE SOSA:

Una señora muy fea
y tan preciada de linda
que no hay hombre que la vea
que no diga que la adora
y todos se burlan della.

DON ALFONSO:

Pues burlémonos nosotros,
don Lope, y hagamos cuenta,
sin verla, que ya la vimos.

TRISTÁN:

En esta dorada reja
asoma una casadilla
ciertas pestañas y cejas
que a los ojos ponen luto
si se ponen luto estrellas.

DON ALFONSO:

¿Por quién?

TRISTÁN:

Por su gusto.

DON ALFONSO:

¿Cómo?

TRISTÁN:

Anda un poco descontenta
por celos de su marido.

DON ALFONSO:

¿Celos? Vísperas de afrenta.

TRISTÁN:

Aquí viven sesenta años
vestidos de oro y seda,
como cubre a un olmo antiguo
la juventud de una yedra:
fue hermosa y pésale mucho
de que ahora no lo sea.

DON ALFONSO:

Dios le reciba, Tristán,
su arrepentimiento.

LOPE DE SOSA:

Aquesta
es de nuestro embajador
la casa.

DON ALFONSO:

Pues, Sosa, espera:
hagamos a tus amores
la debida reverencia.

TRISTÁN:

Cuidadoso está el balcón,
yo aseguro que te espera.

DON ALFONSO:

Pues llega y habla, don Lope,
que yo te guardo la puerta.

LOPE DE SOSA:

¿Sois vós, estrella del alba?

TRISTÁN:

Cuido que fala a jinela.

DON ALFONSO:

[Aparte, a TRISTÁN .]

Por noso Siñor, Tristaõ,
que estou morrendo de enveja.

DOÑA LEONOR:

¿Es Lope de Sosa?

LOPE DE SOSA:

Soy
un esclavo que desea
que conozcáis lo que os ama.

DOÑA LEONOR:

Cobrada tenéis la deuda,
que vuestros merecimientos
ya me dan nombre de vuestra.

DON ALFONSO:

[Aparte, a TRISTÁN .]

¿Sabes, Tristán, cómo estoy?
Como el caballo en la guerra
que relincha por la silla
en oyendo la trompeta:
¡Pesia tal! ¿Para esto vine?

TRISTÁN:

[Aparte, a DON ALFONSO .]

¿Sabes tú qué casa es esta?

DON ALFONSO:

[Aparte, a TRISTÁN .]

En oyendo hablar de amor
se me acaba la paciencia.

DOÑA LEONOR:

Lugar había de verme:
mi madre licencia diera
si el hábito os ayudara.

LOPE DE SOSA:

Mi desdicha desconcierta
de otra suerte ese favor,
que no puedo, aunque quisiera,
desamparar a un amigo.

DOÑA LEONOR:

Si no importa que me vea,
entre, y entren los criados,
que mientras más gente venga
menos ocasión tendrán
de alguna sospecha necia.

LOPE DE SOSA:

Yo se lo voy a decir.

DOÑA LEONOR:

Y yo con vuestra licencia
a prevenir las criadas.

LOPE DE SOSA:

¡Señor!

DON ALFONSO:

¿Quién es?

LOPE DE SOSA:

Vuestra Alteza
disimule el ser quien es
porque Leonor para verla
os da licencia en su casa.

DON ALFONSO:

Pues... ¡Tristán!

TRISTÁN:

¡Señor!

DON ALFONSO:

Ten cuenta
que soy merced esta noche.

TRISTÁN:

Siempre ese nombre tuvieras,
que el de merced en los reyes
es el de mayor grandeza.

Acto II

Sale la REINA , madre del PRÍNCIPE ALFONSO , TRISTÁN y LOPE .

REINA:

¿De qué estás triste?

DON ALFONSO:

No sé.

REINA:

¿Así a tu madre respondes?
¡Bien a tu amor correspondes!

DON ALFONSO:

Tristán, ¿qué haré? ¿Qué diré?

TRISTÁN:

Dile, señor, la ocasión:
di que una mujer que viste
te ha obligado a estar tan triste.

DON ALFONSO:

¡Qué infames remedios son!
Advierte que solo a ti
dije que quiero a Leonor.

TRISTÁN:

¡Que de una vista el amor
tenga tanta fuerza en ti!

REINA:

Cantad algo, que el cantar
las tristezas entretiene.

DON ALFONSO:

Al que mis tristezas tiene
más le entristece el llorar.

LOS MÚSICOS:

Por las almenas de Toro...

DON ALFONSO:

¡Dellas estéis despeñados!
Cantad algo a mis cuidados
que parezca al bien que adoro.

MÚSICOS:

Sale a estela de alba
a mañana se veim:
recordai miña alma,
naõ dormais mio beim...

TRISTÁN:

Señora, aparte me escucha.

REINA:

¿Qué quieres?

TRISTÁN:

En esta edad
despierta la voluntad,
su fuerza y violencia es mucha.
Entreténganle las damas
al Príncipe.

REINA:

¿Estás en ti?

TRISTÁN:

Nunca honestamente vi
recibir daño sus famas.

REINA:

La vida de Alfonso temo.

TRISTÁN:

La bella doña Leonor,
hija del embajador
de Castilla, es un estremo
de hermosura y discreción:
como esta a palacio venga,
no hay quien mejor entretenga.

REINA:

No hablaste sin ocasión.
Pero lo que fuere sea...
¿Lope?

LOPE DE SOSA:

¡Señora!

REINA:

A Leonor,
hija del Embajador,
llamad para que la vea,
que le soy aficionada
desde que en Lisboa entró.

LOPE DE SOSA:

Yo voy. ¡Oh, amor! ¿Quién amó
con dicha tan declarada?
Ahora sí que a Leonor,
mi divina castellana,
a la tarde, a la mañana,
verá de espacio mi amor.

(Sale el REY y el PRIOR .)

REY DE PORTUGAL:

Señora mía, si con vós estaba
Alfonso, no sé yo por qué me quejo
de que paséis sin verme tanto espacio.

REINA:

Aquí estaba con él entretenida.

OCTAVIO:

A Vuestra Majestad audiencia pide
una graciosa y pobre labradora.

REY DE PORTUGAL:

¿Es la de ayer?

OCTAVIO:

La misma.

REY DE PORTUGAL:

Decid que entre.

(Sale MADANELA .)

MADANELA:

Que con la Reina a su merced encuentre,
por más que buen agüero lo he tenido
de que podré salir con lo que os pido.

REINA:

¿Quién es aquesta mujer?

REY DE PORTUGAL:

Quien las natas presentó
que Vuestra Alteza comió
a quien hoy mandé volver.

REINA:

¿Pues para qué vuelve aquí?

REY DE PORTUGAL:

¡De oíros me maravillo!
Tiene cierto pleitecillo
que ha de pasar ante mí
por quien las natas me ha dado.
Informad, buena mujer.

MADANELA:

El pleito pienso vencer
con tan famoso abogado.
Señores Reyes que Dios
conserve por muchos años:
¿quién ha de temer sus daños
estando juntos los dos?
Sepan pues, sus reverencias...,
¡oh, que erré!, «paternidades»
iba a decir... que en ciudades
también suceden pendencias;
sobre el comerle una viña
que mi marido guardó
la riña se comenzó
y mató un hombre en la riña.
La justicia le prendió,
no sé si está bien probado,
mas yo se lo he preguntado
y dice que él se murió.
En fin, ha un año que está

preso, su vida les pido.

REY DE PORTUGAL:

¡Lástima, por Dios, ha sido!

MADANELA:

¡Qué enternecido estáis ya!

REINA:

Mujer, si a un hombre mató
vuestro marido, es forzoso
que muera.

MADANELA:

¿De ese piadoso
pecho tal crueldad salió?

REY DE PORTUGAL:

Paso, que son muy ingratas
esas razones, señora,
siendo vós cual sois agora
quien comió más de las natas:
si tomamos el cohecho,
por fuerza se ha de torcer
la justicia.

MADANELA:

¡Esto es hacer
justicia!

REY DE PORTUGAL:

Muy buen provecho
os haga lo ya comido
y la cestilla de nueces
en que verán los jüeces
peligro tan conocido.
Id, Octavio, y concertad
con la parte aquesta muerte:
si el tomar es desta suerte,
agüémosla por mitad.
Y dadme lugar aquí,
que en los negocios forzosos
terceros tan rigurosos
no son buenos para mí.

REINA:

Voyme por obedeceros.

REY DE PORTUGAL:

A su tiempo sé yo dar
castigo.

REINA:

Quiero pagar
lo que decís con perderos.

(Vase la REINA .)

MADANELA:

Plegue a Dios, invicto Juan,
que os besen moros los pies...

Los indios, gran portugués,
las alfombras en que están.
Y que tiemblen vuestras quinas
del mundo las cuatro partes,
llegando sus estandartes
a las más remotas Chinas.
¡Plegue a Dios!

REY DE PORTUGAL:

Callad, mujer,
que haberos bien despachado
si vós me habéis sobornado
no tenéis que agradecer.
Si libremente juzgara,
el agradecerlo fuera
justo.

(Sale ÁLVARO y su mujer MARGARIDA .)

MARGARIDA:

¡Que a mí el Rey me quiera!

ÁLVARO:

En que ha de hablarte repara.
Señor, a vuestro mandado
viene mi mujer.

REY DE PORTUGAL:

¡Ansí!
Ya os conozco, oídme aquí.

MARGARIDA:

Temo vuestro rostro airado.

REY DE PORTUGAL:

Díjome vuestro marido
que le ha dado un bofetón
su hijo y vuestro, ocasión
que suspenso me ha tenido.
Y he venido a imaginar
que si deste hombre lo fuera,
ni él el bofetón le diera
ni él le viniera a acusar.
No es posible que aquel sea
su hijo ni este su padre:
lo cierto es ser vós su madre
y lo que es bien que se crea.
A mí no me admiran cosas
que suelen causar amor:
decidme verdad.

MARGARIDA:

¡Señor!

REY DE PORTUGAL:

Sabed que me son odiosas
bravamente las mentiras.

MARGARIDA:

Mi temor...

REY DE PORTUGAL:

No hay que temer,
porque me suelen mover
a más enojosas iras.
Bien podéis fiar de mí,
que soy rey, vuestro secreto.

MARGARIDA:

Sois príncipe tan perfeto
que luego, señor, que os vi
un ángel me pareció
que en vuestro rostro miraba.
Mientras mi marido estaba
ausente un hombre me habló.
Rindiome al fin su porfía,
quedé preñada y viniendo
mi marido...

REY DE PORTUGAL:

Ya lo entiendo,
solo eso saber quería.
En fin: su hijo no es.

MARGARIDA:

No, señor.

REY DE PORTUGAL:

¡Válgame el cielo,
que fue cierto mi recelo!

Prior...

PRIOR:

Gran señor.

REY DE PORTUGAL:

Después
que el cetro de Portugal
tengo no me ha sucedido
caso tan grave.

PRIOR:

¿Qué ha sido?

REY DE PORTUGAL:

Ni vós le habéis visto igual.
Averigüé que no era
el que le dio el bofetón
su hijo deste hombre.

PRIOR:

Son
cosas que solo pudiera
penetrar tu entendimiento.

REY DE PORTUGAL:

¿Buen hombre?

ÁLVARO:

Señor

REY DE PORTUGAL:

Oíd
y por mi vida advertid
vuestro injusto sentimiento.

ÁLVARO:

¿Injusto, señor?

REY DE PORTUGAL:

Si Dios
sufrió en su rostro divino
tal mano y tal desatino:
para con Dios, ¿qué sois vós?

ÁLVARO:

Señor, llegado a pensar,
echareme por el suelo.

REY DE PORTUGAL:

¿Perdonáis?

DON ALFONSO:

Tal rey del cielo
me ha enseñado a perdonar,
y tal rey acá en la tierra.

REY DE PORTUGAL:

A la India que conquisto
vaya ese mozo, que he visto
que es bueno para la guerra:
una compañía le doy.

MARGARIDA:

Pues señor...

REY DE PORTUGAL:

¡No hay qué tratar!
Si te prometí callar,
ya cumplo como quien soy.
Pero el agravio que hiciste
a tu marido castigo
en que no esté más contigo
tu hijo.

MARGARIDA:

Sentencia diste
digna de un rey tan discreto.

REY DE PORTUGAL:

Si su sangre no tenía,
¿no ves tú que cada día
le ha de perder el respeto?
Sufre tú, pues le agraviaste,
su destierro, y ese viejo
viva en paz.

MARGARIDA:

De mí me quejo.
Tú como un ángel hablaste.

(Vase, y sale DON LOPE , con DOÑA LEONOR con manto quitado de la cabeza.)

LOPE DE SOSA:

Aquí esta Su Majestad.

REY DE PORTUGAL:

¡Señora doña Leonor!

DOÑA LEONOR:

Con tantas honras, señor,
levantaréis mi humildad
al sol de vuestra grandeza.

REY DE PORTUGAL:

A lo menos del que espero
de Castilla sois lucero
con luz de tanta belleza...
Y porque no sé decilla,
no es lisonja, no, por Dios,
holgar que fuérades vós
la que espero de Castilla.

DOÑA LEONOR:

Por lo menos no dirán,
aunque indigno mi sujeto,
que os faltó para perfeto
ser de las damas galán.
Yo vengo a besar los pies
a la Reina, mi señora.

REY DE PORTUGAL:

Y yo adivinando agora
este dichoso interés,
salí para recebiros.

DOÑA LEONOR:

No sabré pasar de aquí.

REY DE PORTUGAL:

Alfonso vendrá por mí
más mozo para serviros.
Y yo a la Reina diré
que estáis aquí.

DOÑA LEONOR:

No hay respuesta
para una merced como esta:
callando responderé.

(Vase el REY .)

LOPE DE SOSA:

Ya con un rey por galán,
¿qué arrogante pensamiento
pondrá en vós su atrevimiento?

DOÑA LEONOR:

Con justa razón os dan
las perfecciones del Rey
celos, porque son notables,
pero en los ojos mudables
solo se entiende esa ley.

Que vós sois rey para mí
y vós para mí perfeto.

LOPE DE SOSA:

Y vós para mí el sujeto
a quien sujeto nací.

(Sale el PRÍNCIPE y TRISTÁN .)

DON ALFONSO:

¿Tú la viste?

TRISTÁN:

Sí señor,
que como el sol se apeaba
de una carroza a quien daba
su hermosura resplandor.

DON ALFONSO:

¡Que don Lope me llevase
a ver aquesta mujer,
y que solamente el ver
la libertad me costase!
¿Qué hechizos fueron, Tristán,
los que bebí por los ojos
que tantas penas y enojos
y tantas ansias me dan?
Ya la salud he perdido
a fuerza del sufrimiento.

TRISTÁN:

No sufras, que es loco intento
sufrir, habiendo nacido
príncipe de Portugal.

DON ALFONSO:

¿No he de guardar a un amigo
lealtad?

TRISTÁN:

¿Y usará contigo
Sosa de lealtad igual?

DON ALFONSO:

Yo soy hijo de quien soy.

TRISTÁN:

¡Alto, déjate morir!

DON ALFONSO:

Determinado a sufrir
por no hacelle ofensa estoy.

TRISTÁN:

Pienso que hay gente.

LOPE DE SOSA:

Señor,
¿Vuestra Alteza estaba aquí?

DON ALFONSO:

¿Es don Lope?

LOPE DE SOSA:

Señor, sí,
y aquí está doña Leonor.

DON ALFONSO:

¡Quién creyera maravilla
tan notable aunque la viera
que en esta casa cupiera
todo el valor de Castilla!
Por muchos años la honréis.

DOÑA LEONOR:

No os quiero negar, señor,
que tengo todo el valor
pues a esos pies le tenéis.
Pero esperad, ¿no sois vós
el amigo que venía
con don Lope?

DON ALFONSO:

Yo sería.

DOÑA LEONOR:

Pues quéjome de los dos:
de Lope por encubrirme
lo que pudo tanto honrarme
y de vós por engañar
y aun de mí por divertirme.
Que lo fue no conocer

al sol la ignorancia mía,
pues aunque hay nublado, hay día
en que ha de resplandecer.

DON ALFONSO:

Deseando conoceros
quise disfrazarme así:
perdonad si os ofendí,
que no he pensado ofenderos.
Antes cual suele dejar
el ministro de justicia
la vara cuando codicia
la casa donde entra honrar,
a vuestra puerta dejé
la autoridad y el valor
por mostrar que sois, Leonor,
a quien respeto guardé.

LOPE DE SOSA:

Señor, pues que sois discreto,
no me quitéis el lugar
que agora tengo de hablar
pues vós sabéis mi secreto
y que aqueste honesto amor
se dirige a casamiento.

DON ALFONSO:

Fue forzoso cumplimiento
y obligación a Leonor.
Pero hablad, que aquí estaré
para que nadie os impida.

TRISTÁN:

No has hecho cosa en tu vida
que tanto enfado me dé.
¿Mueres por esta mujer
y ya sirves de encubrir?

DON ALFONSO:

Yo me tengo de morir.

TRISTÁN:

¿Pues de qué sirve el poder?
Si un príncipe solo es
para el nombre, bien está.
Si yo lo fuera...

DON ALFONSO:

¿Qué?

TRISTÁN:

Ya
vieras el mundo al revés.
Si a un señor un sastre hace
un jubón y entran de raso
tres varas, ¿qué hace al caso
que digan que señor nace?

Si entran en un ferreruelo
tres de paño, como a mí,
a un gran señor, ¿en qué, di,
le ha diferenciado el cielo?
Si come por solo un hombre
y duerme cuando yo duermo
y enferma cuando yo enfermo,
¿qué tiene más? Solo el nombre.
Pardiez que, si yo lo fuera,
que luego al sastre quemara
si el jubón que me cortara
de treinta varas no fuera.
Mi herreruelo había de ser
de ochenta varas de paño,
comer lo que el vulgo un año
ser mi ordinario comer.
El dormir en una cama
de setecientos colchones,
mi andar en once frisones
y cuando tuviera dama...

DON ALFONSO:

No digas más, hablador.

TRISTÁN:

Pues bien, ¿en qué viene a estar
la diferencia en mandar?
Lindo descanso, señor:

caminar, poco dormir,
sufrir quejas, que son hartas,
escribir cuatro mil cartas...
¡Ni hay mayor mal que escribir!
Pues muriéndose un discreto
sin calentura decía
que de veneno moría.
Y preguntado, en efeto,
cuándo el veneno tomó,
dijo: «Ayer, porque escribí
diez cartas». Y para mí
con justa causa murió.
Una carta un castellano
acabó de recibilla
y de Madrid a Sevilla
fue en el rigor del verano,
y dijo al que la escribió:
«Yo he caminado hasta aquí
por no cansaros», y ansí
de palabra respondió...

DON ALFONSO:
¿Quieres me dejar?
TRISTÁN:
¡Espera!
[A DOÑA LEONOR .]
¡Vive Dios que no han de hablar!

La Reina os manda llamar
que agora viene de fuera.

LOPE DE SOSA:

Perdone la suspensión
al amor que nunca avisa.

TRISTÁN:

[Aparte, a DON ALFONSO .]
Entrad, mi señor, aprisa.

LOPE DE SOSA:

Que os acompañe es razón.

DOÑA LEONOR:

Bésoos, don Lope, las manos.

TRISTÁN:

¿Vós para qué entráis allá?

LOPE DE SOSA:

No voy al uso de acá,
que somos ya castellanos.

(Váyanse LOPE y LEONOR .)

DON ALFONSO:

¿Hay semejante fortuna
que haya mi vida llegado
a un estado sin remedio?
Yo me muero, yo me abraso...
¿No fuera mi amor siquiera
como el de todos? Pues cuantos

aman, esperanza tienen,
y si a algunos ha faltado,
a lo menos a su dama
pudieron decir: «Yo os amo».
¡Ay, Leonor! ¡Ay, imposible!
¡Volved esos ojos claros,
esas divinas estrellas,
a verme morir callando!
Y no pudiendo hablaros,
no me queráis más mal que desearos.
Tristán, ¿sabes tú de mí?
Mas ¿por qué Tristán te llamo?
Yo soy el triste, Tristán:
sé tú Alfonso el Lusitano.
¿Lope de Sosa y Leonor
se casan? Ya están casados,
que en juntándose las almas,
para en uno son entrambos.
¿Hay tan gran desasosiego?
Leonor, si fui disfrazado,
porque muero descubierto,
aunque encubriendo que os amo,
y no pudiendo hablaros,
no me queráis más mal que desearos.

TRISTÁN:

Señor repórtate un poco,
que si llega a imaginarlo
el Rey, ni Leonor ni Lope
vendrán a lograr sus años:
ten lástima de ti mismo.

DON ALFONSO:

Necio, no seas pesado,
que no hay enfermo en el mundo
que no quiera verse sano:
¿qué consejo tomaré?

TRISTÁN:

Matar a Lope, quemarlo,
echarle de todo el mundo.

DON ALFONSO:

¿Hablas con algún tirano?

TRISTÁN:

Enviarle a Ceuta luego,
pues será más acertado
que mate en África moros
que no en Portugal cristianos.
Dale un cargo en la conquista
de las Indias: vuelva al cabo
de Vasco de Gama, Lope,
o lleve su mismo cargo.

DON ALFONSO:

Ahora bien, ¿mi padre no es
el hombre más cuerdo y sabio
desta edad a la opinión
del mundo? Pues consultarlo
quiero en aquesta desdicha
y su parecer tomando,
vivir o morir.

TRISTÁN:

Pues di:
¿no es eso para más daño?

DON ALFONSO:

No, porque no le diré
que soy yo el dueño del caso,
que por tercera persona
no entenderá lo que trato.

TRISTÁN:

Él viene, tu gusto sigue.

(Salen el REY y el PRIOR .)

REY DE PORTUGAL:

¿Qué hay, Alfonso?

DON ALFONSO:

Un castellano
de los Córdobas de allá,
que son valientes hidalgos,

me envía a pedir consejo
diciendo que soy retrato
vuestro y que en cosas de amor
se atreve más a mis años.
En fin, el ser vós perfeto
hace que imaginen tantos
que os tengo de parecer.
Yo, señor, estoy turbado
si la verdad os confieso,
y a responderle no basto
sin consultar vuestro intento
del mundo tan celebrado.

REY DE PORTUGAL:
¿Qué es lo que el Córdoba escribe?
DON ALFONSO:
Dice, señor, que un criado
de su casa, a ruego suyo
y disfrazado, en su daño
le llevó a ver a su dama,
y que tan enamorado
volvió de verla que tiene
por sustento solo el llanto.
Vive con salud tan poca
que por remedio ha tomado
hacer lo que le dijere:
si darle muerte, matarlo,

si quitarle la mujer,
quitársela. En fin, reparo
con justa causa en saber
qué consejo más honrado,
cuerdo y seguro le envíe.

REY DE PORTUGAL:

Dificultad tiene el caso,
mas dame un hora no más
de término, que pensarlo
despacio será razón.
Y si un hora es largo espacio,
vuelve luego.

DON ALFONSO:

Tus pies beso

TRISTÁN:

[Aparte, a DON ALFONSO .]

¿Estás contento?

DON ALFONSO:

[Aparte, a TRISTÁN .]

Hoy acabo
con el amor o la vida.
¡Ay Leonor, por vós me abraso!
Y no pudiendo hablaros
no me queráis más mal que desearos.

(Vanse el PRÍNCIPE y TRISTÁN .)

REY DE PORTUGAL:

Llamadme a Lope de Sosa,
prior.

PRIOR:

Yo voy a buscarlo.

(Vase.)

REY DE PORTUGAL:

Hame dado el pensamiento
que Alfonso me trata engaño
y pienso con la mentira
sacar la verdad del caso.

(Sale el PRIOR y DON LOPE .)

PRIOR:

Aquí está Lope, señor.

REY DE PORTUGAL:

Con vós estoy enojado,
Sosa.

LOPE DE SOSA:

Vuestra Majestad,
matará de sobresalto
el criado más leal
que ha tenido en muchos años
la casa real de Enríquez,
porque dijo un cortesano

que eran balas las palabras
de los reyes enojados
de tiro de artillería
que cuando erraron el blanco,
y no mataron del golpe,
con solo el aire mataron.

REY DE PORTUGAL:

Crío al Príncipe mi hijo,
Sosa, con tanto cuidado
que velando su edad tierna
estoy convertido en Argos.
Pienso yo que a Jenofonte
le tengo dado por ayo
y llevaisle adonde vea
vuestra dama muy de espacio.
Siendo el primero discreto
que tuvo amor confiado,
¿qué queríades que hiciese
un mozo de aquellos años
sino venir como vino
tiernamente enamorado
para perder la salud
y el gusto cuando le caso
con la princesa que espero
de Castilla?

LOPE DE SOSA:

¡Señor!

REY DE PORTUGAL:

Cuando
los reyes piden, don Lope,
verdades a sus criados,
para procurar remedio
no hay que andarlas dilatando.

LOPE DE SOSA:

Señor, como ya tenía
determinado salir
y es fuerte de persuadir
aquella edad si porfía,
porque con otro no fuese
con quien peligro llevase,
fue bien que le acompañase
y un rato le entretuviese.
No dije a doña Leonor,
que también segura estaba,
que era el que la visitaba
el Príncipe, mi señor.
Ni hasta agora yo he sabido
que estuviese enamorado.
Que a pensar...

REY DE PORTUGAL:

No os dé cuidado.

LOPE DE SOSA:

Perdón de mi yerro os pido.

REY DE PORTUGAL:

Prior, mañana partid
a Castilla.

PRIOR:

Lo mejor
me parece, y deste amor
los principios divertid
con traer a la Princesa.

REY DE PORTUGAL:

[Aparte.]
¡Por qué camino he sabido
todo lo que ha sucedido,
de que en estremo me pesa!
¡Qué bien saqué la verdad!
Bien dicen que no hay discreto
sin puerta falsa en efeto
de muy fina necedad.
Él está triste y corrido...
Lope...

LOPE DE SOSA:

¡Señor! Esta vez
di en las manos del jüez:

hoy a Leonor he perdido.
A Ceuta voy desterrado
si no hay más larga prisión.

REY DE PORTUGAL:

Sosa, en aquesta ocasión
una encomienda ha vacado:
¿quién os parece que aquí
seis mil escudos de renta
merece?

LOPE DE SOSA:

¿Qué es lo que intenta?
¿Encomienda, señor?

REY DE PORTUGAL:

Sí,
que más de seis han vacado.

LOPE DE SOSA:

¿Pues cómo ha estado encubierto?

REY DE PORTUGAL:

Porque en Portugal han muerto
muchos con ese cuidado.
Ya don Gutierre murió,
murió el conde don Fernando...

LOPE DE SOSA:

[Aparte.]
Todo esto me va avisando

que tome su ejemplo yo.
¡Vive Dios que los ha muerto
sobre aquella rebelión!

REY DE PORTUGAL:
Buenas encomiendas son...
LOPE DE SOSA:
[Aparte.]
Apenas a hablarle acierto.

REY DE PORTUGAL:
¿No me decís quién será?
LOPE DE SOSA:
Señor, muy bien se empleara
en Melo, Ataide y Lara,
o en don Álvaro de Saa.
De Silva estáis bien servido,
Miranda os tiene obligado...

REY DE PORTUGAL:
Buenos los habéis nombrado
mas vós la habéis merecido.

LOPE DE SOSA:
¡Vuestra Majestad me paga
cuando menos le serví!

REY DE PORTUGAL:
¡Antes cuando más!

LOPE DE SOSA:

¿Yo?

REY DE PORTUGAL:

Sí,
y así es bien que os satisfaga.
Deseaba sumamente
saber, Lope, si tenía
hijo discreto y temía
lo contrario justamente.
Y por vós vengo a quedar
seguro, Lope, en efeto,
de que tengo hijo discreto
pues se sabe enamorar.
Y que quiera castellana
me ha dado gusto y es justo
porque es ensayar el gusto
de la que espera mañana.
En palacio está Leonor:
no le digáis desto nada,
ni al Príncipe, que me agrada
tal vez el honesto amor.
Es amor, cuando es honesto,
luz de todas las acciones
de un caballero.

LOPE DE SOSA:

Razones
de tu ingenio.

REY DE PORTUGAL:

Está dispuesto
a ser galán en la paz,
a ser valiente en la guerra.

(Sale MADANELA y BRITO , su marido.)

MADANELA:

A nadie las puertas cierra.

BRITO:

[A MADANELA .]

Yo soy de hablarle incapaz.

MADANELA:

[A BRITO .]

Pues yo le hablaré por ti.
Señor: Brito, mi marido,
está a tus pies.

BRITO:

Tus pies pido.

REY DE PORTUGAL:

¿Sois el preso?

BRITO:

Señor, sí.
Y aunque mi pobreza es
indigna de su zapato,

para no mostrarme ingrato
vengo a besalle los pies.

REY DE PORTUGAL:

Bien se debe a los jüeces,
mas mirad que no matéis
a nadie ni os confiéis
en las natas y en las nueces.
Tened las armas villanas
que se os pueden acedar
las natas de aquí al lugar
y las nueces salir vanas.

BRITO:

No haya miedo su merced
que me meta en otra riña
aunque me entren en la viña
y la coman por el pie.
No más cárcel: sus regalos
para un moro de Azamor.
No sé cuál hombre, señor,
no sufre bien dos mil palos
por no se ver solo un día
en este vivo retrato
del infierno, cuyo trato
es la mayor tiranía.
Mandad remediar, señor,
la crueldad de aquesta gente.

REY DE PORTUGAL:

Sois, en efeto, inocente:
andad con Dios, labrador.
Que la cárcel no es posada
de gente que hace bien,
y así no es bien que les den
gusto ni contento en nada.
Si es tan fiera de sufrir
y está siempre de hombres llena,
¿paréceos, si fuera buena,
que se pudiera vivir?
Id con Dios.

BRITO:

Digna respuesta
de su nombre. ¡Alto, mujer!
¡Pardiez que le heis de traer
dos pollos la primer fiesta!

MADANELA:

¿Eso? ¡Y cómo! Los primeros
y por dicha dos lechones.
Que me eche mil bendiciones
cuando le coma los cueros.

(Vanse y sale MELO con un libro.)

MELO:

Aunque atrevimiento sea,
siendo tal tu entendimiento,
este libro te presento:
Vuestra Majestad le vea
si dan las ocupaciones
lugar a reales pechos.

REY DE PORTUGAL:
¿Qué trata?
MELO:
Dichos y hechos.
REY DE PORTUGAL:
¿De quién? ¿De claros varones?
MELO:
De vós solo, gran señor.
REY DE PORTUGAL:
Mientras vivo me alabaste
mal del sabio te acordaste:
lisonja ha sido en rigor.

MELO:
Muchos dicen que lo son,
y aquí el ejemplo se ofrece
que la gran virtud carece
de envidia y adulación.
El libro me vuelve a dar,
que en los dichos poner quiero
este de agora el primero.

REY DE PORTUGAL:

Bien te le puedes llevar.
Y que no te pago advierto
por lo mal que me has tratado,
pues en haberme alabado
ya me has tenido por muerto.
Y si por vivo no es bien
que mi vanidad abones,
y si esto en los dichos pones,
pon en los hechos también.
Si hablares del liberal,
el rey don Juan el segundo
no dio a nadie en todo el mundo
por lisonjas un real.

MELO:

Alejandro no fue así,
y hoy le alaban, en efeto.

REY DE PORTUGAL:

No fue Alejandro discreto,
valiente dicen que sí.

(Sale MENDO .)

MENDO:

Sabiendo, invicto señor,
vuestra gran curiosidad
quise de mi habilidad

mostrar el mayor primor.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué primor?

MENDO:

Puedo decillo
seguro de hallar igual.
Los reyes de Portugal
con la punta de un cuchillo
he cortado de papel.

REY DE PORTUGAL:

¿Habéis sido religioso?

MENDO:

No, señor.

REY DE PORTUGAL:

Pues es forzoso,
que esa flema es digna dél.

MENDO:

No hay hombre que no se espante.

REY DE PORTUGAL:

Claro está y es justa ley
si hacéis de papel un rey
que Dios hizo de diamante.
Alabo el primor gentil
pero no le quiero ver,
que los reyes no han de ser

de materia tan sutil.
Que es tanto el valor que en él
pusieron Dios y las leyes
que aun las firmas de los reyes
no habían de ser en papel.
Id con Dios.

MENDO:

Guárdete el cielo.

REY DE PORTUGAL:

¡Hola!

PRIOR:

Señor...

REY DE PORTUGAL:

¡Agua!

PRIOR:

¡Plaza!

REY DE PORTUGAL:

¿Qué hay, Lope?

LOPE DE SOSA:

Admiro la traza
de tu estilo y de tu celo.
Bien sabes que yo estudié,
bien sabes lo que he leído:
si es lisonja, perdón pido,
pues para mí no lo fue.
De ningún rey se ha contado

tan divino proceder.

(Sale un MAESTRESALA , con salva y copa, el PRIOR delante.)

PRIOR:

¡Plaza!

MAESTRESALA:

¡Hubiera de caer!

(Tropiece.)

PRIOR:

El agua habéis derramado:
¡volved por más!

REY DE PORTUGAL:

No volváis
sino mirad lo que os digo...
(Aparte.)
Creedme a mí como amigo
que a servirme no acertáis.
¿Cuánto habrá que me servís?

MAESTRESALA:

Seis meses pienso que habrá.

REY DE PORTUGAL:

Yo os tengo notado ya,
y aunque en verdad que acudís
con amor, son tan estraños
vuestros yerros a porfía
que parece que en un día

me habéis servido mil años.
Cuando entrastes a servirme,
¿qué pensastes? Responded.

MAESTRESALA:
Que me hiciésedes merced,
porque pude persuadirme
que honráis hasta los estraños.

REY DE PORTUGAL:
Seis meses servido habéis,
¿con qué tiempo me queréis
pedir merced?

MAESTRESALA:
Con diez años.
REY DE PORTUGAL:
Los diez años os perdono:
id con Dios, ya son pasados.
De renta dos mil ducados
llevaréis.

MAESTRESALA:
Sirvan de trono
a tus pies el Cita helado
en el más frígido clima,
y desde Sofala a Lima
el indio más abrasado.

(Vase, y sale el PRÍNCIPE .)

DON ALFONSO:

¿Consultó ya Vuestra Alteza
su divino entendimiento?

REY DE PORTUGAL:

Ya, Príncipe, lo he mirado,
y porque nunca tenemos
los padres con nuestros hijos
ni respetos ni secretos:
sabed que sé que sois vós,
porque estándome diciendo
la mentira de Castilla
hice en el alma conceto
que el Córdoba fuistes vós,
y así le dije de hecho
a Sosa que yo sabía
que era el dueño del suceso.
Él me dijo la verdad,
por ventura, presumiendo
que yo de vós lo sabía,
y pues me pedís consejo
para vós, yo como padre
desta manera os advierto:
a cazar el blanco armiño
van los cazadores diestros
y al rededor de la cueva

le ponen de lodo un cerco.

REY DE PORTUGAL:

Él sale para buscar
por la campaña el sustento
y en viendo el lodo se para
tan turbado solo en verlo
que allí se deja coger,
porque más quiere ser muerto
que ensuciar tanta blancura:
harto os he dicho, entendeldo.
Sosa, aunque es vuestro criado,
es honrado caballero:
antes de hacelle traición
dejaos morir, que es lo menos,
porque no habéis de manchar
la blancura que os ha puesto
la real naturaleza
sino antes morir sufriendo.
Para con vós esto basta,
armiño sois de mi pecho:
no manchéis tanta blancura
por un deleite tan feo.

(Vase.)

DON ALFONSO:

Amor, de amarme reprehendo y riño.
Amé por accidente, escusa tengo.

Arrepentido al desengaño vengo,
sus blancas aras de laureles ciño,
mi pecho quiere ser cándido armiño.
Mirando el lodo vil, los pies detengo:
para defensa la razón prevengo.
Gigante quiero ser si tú eres niño.
Suele un cobarde andar con un valiente
y temerle por eso su enemigo
que, solo, le matara fácilmente.
Amor, cobarde soy, mas yo te digo
que para mi defensa eternamente
pienso llevar a la virtud conmigo.

(Sale DOÑA LEONOR y TRISTÁN .)

TRISTÁN:

El Príncipe y Lope están
en una imaginación.

DOÑA LEONOR:

Hablar a Alfonso es razón:
primero llegó, Tristán.

TRISTÁN:

Déjame pedir a mí
las albricias.

DOÑA LEONOR:

¿Que me tiene
amor?

TRISTÁN:

De suerte que viene
a estar sin alma por ti.

DOÑA LEONOR:

¿Es posible?

TRISTÁN:

Y poderoso.
¡Señor, albricias! Leonor
a hablarte viene: hoy tu amor
ha de salir vitorioso.
¿Qué me das? ¿Piénsaslo acaso?
Sea vestido o cadena.

DON ALFONSO:

Doyte en albricias mi pena
y parte del mal que paso.

TRISTÁN:

Iré muy bien despachado.

DOÑA LEONOR:

Señor, ¿qué hace Vuestra Alteza?

LOPE DE SOSA:

[Aparte.]
Muriendo estoy de tristeza,
confuso, loco y turbado.

DON ALFONSO:

Castellana en cuyos ojos
se mira amor al espejo
para ponerse la venda
porque después queda ciego.
Muy grande amor os cobré
cuando los míos os vieron,
ya por belleza tan rara
ya por tan sublime ingenio.
Mas viendo que Lope os ama
pedí a mi padre consejo
y dijo que me dejase
morir de amor y de celos
antes que hacerle traición,
y así para siempre os dejo.

(Vase.)

DOÑA LEONOR:

¿Qué es esto, Tristán?

TRISTÁN:

No sé,
tales albricias me dieron.

DOÑA LEONOR:

Yo te las daré mayores
por la novedad que veo.
Que como me habías dicho
que estaba el Príncipe enfermo
de amor, ya estaba temblando

algún estraño suceso.
Porque yo quiero a don Lope,
como ves, con tanto estremo,
que ya temblaba el poder
de un competidor soberbio.
[A LOPE DE SOSA .]
Pues bien: ¿qué tristeza es esta?
Señor mío, si son celos
del Príncipe, buenas nuevas
os puedo dar dél y dellos.
Aquí dijo que la noche
que me vio volvió tan muerto
de amor que ha estado hasta agora
enfermo de mil deseos.
Mas que viendo que es traición
a tan noble caballero,
se quiere dejar morir.

LOPE DE SOSA:
Al Príncipe lo agradezco.
Y pues vós, señora mía,
tenéis tal entendimiento,
poco será menester
para persuadiros luego
las grandes obligaciones
en que el Príncipe me ha puesto.
Si él por su real virtud,

generoso nacimiento
y costumbres heredadas
de tal padre y tal abuelo,
siendo quien es se hace fuerza
y pierde su gusto, hoy quiero
mostrar que le igualo yo,
si no en sangre, en sufrimiento.
La fortaleza es virtud
que tiene al honor por premio,
también quiero ver, amando,
si al palio del honor llego.
Deseaba un capitán
que tenía puesto un cerco
agua de una fuente pura
que estaba del muro adentro.
Trujéronsela soldados
que supieron su deseo
y vertiola el capitán
diciéndole: «Yo no bebo
las aguas que cuestan sangre
de tantos ilustres pechos.»
Agua sois, y agua cercada,
y aunque en mis manos os veo,
por no beber con infamia,
de amor os consagro al templo.

DOÑA LEONOR:

¡Oíd!

TRISTÁN:

No quiso escuchar.

DOÑA LEONOR:

Tristán, ¿qué enredos son estos?
Hablar quiero al Rey.

TRISTÁN:

Señora,
harás un notable yerro,
demás que es ido a cazar,
que no hay entretenimiento
de más gusto para él.

DOÑA LEONOR:

Mi amor ha sido muy necio,
aunque parece imposible,
amando un hombre discreto.
Mas a los ojos de amor
hago juramento eterno
de procurar mi venganza.

TRISTÁN:

Tú juras por lindo ciego.

DOÑA LEONOR:

Amor pagado mal: ¡cuán presto olvida!

TRISTÁN:

Antes suele crecer con el desprecio.

DOÑA LEONOR:

Cualquiera que ama aborrecido es necio.

TRISTÁN:

No hay discreción con que el amor se mida.

DOÑA LEONOR:

Pues yo sé aborrecer aborrecida.

TRISTÁN:

Veros quejar de amor no tiene precio.

DOÑA LEONOR:

Yo soy Lucrecia.

TRISTÁN:

Y yo seré Lucrecio
cuando vuestra merced pierda la vida.

DOÑA LEONOR:

Si amé sin discreción, tendré cordura.

TRISTÁN:

Viera entonces amor, que agora es ciego,
que amando nadie cumple lo que jura.

DOÑA LEONOR:

Yo te juro olvidar o morir luego.

TRISTÁN:

Juramento en mujer...

DOÑA LEONOR:

¿Pues qué no dura?

TRISTÁN:

Es ola de la mar y dicha al juego.

Acto III

Ruido de cazadores.

(Dentro.)

[CAZADOR 1.º]:

Por aquí dicen que va.

[CAZADOR 2.º]:

Aquella senda siguió.

[CAZADOR 3.º]:

Y en el valle le vi yo.

(Sale el REY con un venablo.)

REY DE PORTUGAL:

No lejos Octavio está,
que es para lo que he fingido
esta caza en este monte.
Ya Febo por su horizonte
baja en púrpura teñido
y para dar su tesoro
corre el polo diligente

a la cama de Occidente
cortinas de azul y oro.
¡Casa es esta y aun parece
aldea!

(Sale BRITO , villano.)

BRITO:

Tened allá
ese ganado, que ya
la gente que vi se ofrece.
Y si acaso son soldados
que andan por estos caminos,
a los gansos y cochinos
echad cuarenta candados.

(Sale MADANELA .)

MADANELA:

¿Soldados andan aquí?

BRITO:

Estos que a las Indias van
aloja algún capitán.

MADANELA:

¿Si es este?

BRITO:

Pienso que sí.

REY DE PORTUGAL:

¡Buena gente! ¿Habrá posada
para esta noche?

BRITO:

Sí hubiera,
como su merced no fuera
soldado.

REY DE PORTUGAL:

¿No es gente honrada?

BRITO:

Los que son de profesión
soldados es noble gente,
pero estos que van a Oriente
y no salen del mesón,
de mujercillas cargados,
robando los labradores...
Si viven de salteadores,
¿por qué los llaman soldados?
Esos que a las Indias van
y los negros han traído
hónrelos el Rey.

REY DE PORTUGAL:

Yo he sido
de una nave capitán
y sé que tenéis razón,
aunque el Rey no sé qué intenta

si ya no es que envidia sienta
de las Indias de Colón.

MADANELA:

Envidia el Rey malos años.

REY DE PORTUGAL:

De Castilla bien podrá,
pues que la enriquecen ya
mares y reinos estraños.

MADANELA:

¡Cómo el Rey don Juan había
de envidiar los castellanos
si sus fuertes lusitanos
llegan donde nace el día!
¡Pardiez! Vós debéis de ser
algún parvo o mal nacido.

REY DE PORTUGAL:

(Estos no me han conocido:
oírlos me da placer.)
Pues decidme: si es el Rey
tan perfecto y celebrado,
¿cómo esta empresa ha intentado
entre una gente sin ley?
Bárbaros negros conquista,
mares no vistos penetra,
bulas romanas impetra,

aves hace, gente alista:
a la fe debe de ser
perfeto por solo el nombre.

BRITO:

¡Por Dios! Vós seréis buen hombre
pero no se echa de ver.
Y a no haberme el Rey mandado
que no riñera otra vez,
porque no siempre el juez
se puede hallar sobornado,
que os había de pegar.

MADANELA:

Dale, Brito, seis pancadas,
que unas natas presentadas
os puede el hombre costar,
y como el otro unas nueces.

BRITO:

No, que me dijo al partir
que me guarde de reñir
y que tema los jueces.
Y con palabras más llanas,
que las natas del lugar
se podían acedar
y las nueces salir vanas.
Lo que haré será cerralle

la puerta.

REY DE PORTUGAL:

Amigos, oíd.

MADANELA:

¿Qué es oír?

REY DE PORTUGAL:

Paso, advertid.

BRITO:

Duerma en el fresco del valle:
tírala, villano ruin.

REY DE PORTUGAL:

Advertid que soy el Rey.

MADANELA:

¿El Rey?

REY DE PORTUGAL:

¿Pues es buena ley
cerrarme la puerta? En fin,
¿estáis falto de nobleza?

BRITO:

¡Misericordia, señor!
(De rodillas.)
¿Quién pensó que ese valor
honrara tanta aspereza?

REY DE PORTUGAL:

¿No me vistes?

BRITO:

Cosa es clara,
pero en la ciudad, señor,
el Rey tiene resplandor
y nadie le ve la cara.
El sol en el medio día
de nadie se deja ver:
ahora al anochecer
puse en vós la vista mía.
¿Cómo estáis solo?

REY DE PORTUGAL:

He venido
a hablar con un hombre aquí.

MADANELA:

Pues ¿en este monte?

REY DE PORTUGAL:

Sí,
y que me dejéis os pido.

MADANELA:

¡Pardiez, que habéis de cenar!

BRITO:

A dos pollos mi mujer
puso unas calzas ayer
porque os lo quiere llevar.

Para vós son: todo es uno
comerlos acá o allá.

REY DE PORTUGAL:

El hombre se ofrece ya
y no me ha de ver ninguno...
Entraos, que he de hablar con él
cosas de gran confidencia.

BRITO:

¡Dios guarde a su reverencia!

MADANELA:

Y el arcángel San Miguel.

(Vanse.)

(Sale OCTAVIO .)

OCTAVIO:

A dicha he tenido hallaros,
gran señor, en tal lugar.

REY DE PORTUGAL:

Por aquí podéis bajar.

OCTAVIO:

Si acaso queréis sentaros,
no suena mal esta fuente.

REY DE PORTUGAL:

¿Estamos bien apartados
de lugares y criados
y el concurso de la gente?

OCTAVIO:

Sí, señor.

REY DE PORTUGAL:

En fin, ¿aquí
no hay persona que nos vea?

OCTAVIO:

No, señor.

REY DE PORTUGAL:

Pues porque crea
tu maldad lo que hay en mí,
lee esta carta en voz alta.

OCTAVIO:

¿Maldad, señor?

REY DE PORTUGAL:

Sin turbarte
la lee parte por parte:
luego verás lo que falta.

(Lea.)

OCTAVIO:

La envidia de vuestro nombre, clarísimo rey don Juan, la gloria de vuestras conquistas y el casamiento de vuestro -fol. r- hijo con la Infanta de Castilla, ha movido el mal inclinado ánimo de ciertas personas graves destas provincias, que no es bien nombrároslas, a quitaros la vida, y para esto envían desde Italia a Octavio Castellón, que está en vuestro servicio: guardaos dél, que os ha de hacer una traición.

No me mandéis que prosiga,
que todo aquesto es maldad.

REY DE PORTUGAL:
Yo sé, Octavio, que es verdad
y que su interés te obliga.
En mi servicio has entrado
solo a buscar ocasión
para matarme a traición:
por valiente te han pagado.
Bien pudiera, en recibiendo
la carta, hacerte colgar
de un palo: pero el pensar
que a mi real nombre ofendo,
aunque cuando esto se sepa
digan que fue imperfeción,
no me sufre el corazón
que en él tal bajeza quepa.
(Mete mano el REY .)
Por eso, saca la espada
y procúrame matar,
pues el monte da lugar
y aquí no te estorba nada.
¡Ea, valiente! ¿Qué esperas
para matarme? ¿No vienes?
Pues dime, ¿en qué te detienes?
¿Qué aguardas? ¿Qué consideras?

Un hombre soy, ¿qué te espanta?

OCTAVIO:

¿Pues no quieres que me espante
de ver acto semejante
y de fortaleza tanta?
Confieso a tus pies, señor,
que de Italia vine aquí
para matarte, y que fui
a tus mercedes traidor,
pero también te confieso
que viendo tu gran valor
te he cobrado tanto amor
que no solo tanto exceso
tan vilmente acometiera,
pero que antes me matara
que matarte imaginara
ni un cabello te ofendiera.
En fe de lo cual te ruego,
para verme el corazón,
rompas mi pecho.

REY DE PORTUGAL:

Afición
te tuve, no te lo niego.
Eso te pudo obligar,
que no virtud que haya en mí.

OCTAVIO:

Señor, sírvete de mí,
pues no me quieres matar,
y verás que por ti pierdo
mil vidas.

REY DE PORTUGAL:

No era razón
de quien quiso hacer traición
confiarse un hombre cuerdo.
Esto hice porque veas
que soy hombre cuya espada
ni teme ni estima nada
que diestro y valiente seas.
Pesadumbres he tenido
con hombres vivos y muertos,
y en los peligros más ciertos
más valor me han conocido.
Tú no me has de servir más,
ni estar un punto en Lisboa.

OCTAVIO:

No en balde el mundo te loa:
fuerte sentencia me das.

REY DE PORTUGAL:

Desde aquí te has de partir.

OCTAVIO:

No tengo, señor, con qué.
Allá, aunque poco, dejé
con lo que me puedo ir.

REY DE PORTUGAL:

Pues toma aquesta cadena
y estas tres sortijas tales
que pocas has visto iguales.

OCTAVIO:

¡Tú bravo! Crece mi pena.

REY DE PORTUGAL:

Todos tres diamantes son
y del Oriente traídos:
a esos príncipes fingidos
que me envidian sin razón
las muestra y di que conquisto
unas tierras que a tributo
me dan diamantes por fruto,
pero que ninguno has visto
como yo ni le verás.

OCTAVIO:

En ti se engendran mayores.

REY DE PORTUGAL:

Ve delante, que traidores
nunca fueron bien detrás.

(Éntranse, y sale LOPE DE SOSA .)

LOPE DE SOSA:

Fálaris, el tirano de Agrigento,
tuvo en tormentos tan estraño estilo
como bramando lo mostró Perilo,
autor del toro y de su fin violento.
Puso Dionisio (¡estraño pensamiento!)
sobre la frente de la espada el filo
al que dio de comer, y el rey del Nilo
el áspid de Cleopatra vio sangriento.
Mas ni Perilo, que en el toro grave
por alma de su cuerpo gime y brama,
ni el áspid de Cleopatra, fin suave,
merecen del mayor tormento fama:
porque el mayor tormento que se sabe
es resistirse del amor quien ama.

(Sale el PRÍNCIPE .)

DON ALFONSO:

Topáronse el amor desnudo y ciego
y el que de la virtud se engendra y cría
en una selva deleitosa un día,
y comenzaron su contienda luego.
Venció el divino y al humilde ruego
no se dejó vencer de su porfía,
que atado a un sauce que en el valle había
le puso con sus mismas flechas fuego.

Tal yo, que de nobleza al fin presumo.
Y atando amor mi noble pensamiento,
puesto que como fénix me consumo,
para que no renazca mi tormento
púsele fuego y, convertido en humo,
di al mar la llama y la ceniza al viento.

(Sale LEONOR .)

DOÑA LEONOR:

Yo muero y vivo, yo me hielo y ardo,
y de lo que me alegro me entristezco.
A un mismo tiempo adoro y aborrezco,
y despreciando el bien del mal me guardo.
Temo el remedio y el remedio aguardo,
con dicha pierdo y con temor merezco,
huyo el peligro y al mayor me ofrezco
y donde más me animo me acobardo.
Ya mi amor se levanta, ya se humilla,
ya se mira los pies y ya la rueda,
ya tiene el gusto y ya el desdén la silla.
Pero viendo que ya resuelto queda,
al mismo amor espanta y maravilla
que entre tantos contrarios vivir pueda.

LOPE DE SOSA:

Apenas alzo los ojos
del centro de mis tristezas
cuando ven mis asperezas

la causa de mis enojos.
Sin duda mira Leonor
la gentileza de un rey,
que si en el gusto no hay ley,
el gusto es hijo de amor.

DOÑA LEONOR:

(Del amor oí contar
que fue un tiempo pescador,
viendo que le iba mejor
al interés con pescar.
Y que en los dulces anzuelos
celos por cebo ponía,
porque las almas prendía
más que con amor con celos.
Aquí está Lope y aquí
Alfonso también está:
demos celos pues que ya
no tiene amor fuerza en mí.)
¿Está firme todavía
en su desdén Vuestra Alteza?

DON ALFONSO:

Quien tiene tanta nobleza,
tan justamente porfía.
Ya os dije mi pensamiento
y el consejo que me dio
mi padre con que templó

mi amoroso atrevimiento:
no habrá cosa que por vós,
fuera de amores, no haga.

DOÑA LEONOR:

Amor con amor se paga.

DON ALFONSO:

Bien puede haberle en los dos.
Lope me enseñaba a mí
cierta opinión de Platón...

DOÑA LEONOR:

¿Y qué es, señor, la opinión?

DON ALFONSO:

¿Que no lo sabéis?

DOÑA LEONOR:

No y sí.
Bien sé que se puede amar
el alma pero no sé
que el cuerpo en sosiego esté...

DON ALFONSO:

Pues hacelle sosegar.

DOÑA LEONOR:

No sé qué tiene, señor,
Vuestra Alteza en el cabello.

DON ALFONSO:

No sé, no he mirado en ello.

LOPE DE SOSA:

¿Qué aguardas, infame amor?

DON ALFONSO:

¿A qué lado?

DOÑA LEONOR:

En el izquierdo.

DON ALFONSO:

Quitádmelo.

DOÑA LEONOR:

Un mondadientes
era.

LOPE DE SOSA:

Amor, ¿esto consientes?
¡De celos el seso pierdo!

DOÑA LEONOR:

Vuestra Alteza me le dé
ya que me costó el sacalle.

DON ALFONSO:

Pedir después de tomalle
escusado, Leonor, fue.

DOÑA LEONOR:

Por prenda vuestra le guardo,
que ya su punta en rigor
será una flecha de amor.

(Póngasele en el jubón por los botones.)

LOPE DE SOSA:

¡Ya qué desengaño aguardo!

DOÑA LEONOR:

El corazón me ha pasado.

DON ALFONSO:

Si heriros Leonor podía,
no en balde yo le tenía
de los cabellos atado.

DOÑA LEONOR:

Antes como dardo fue
que en la cuerda atado admira
que se vuelva al que la tira.

DON ALFONSO:

¿Pues vuelve a mí?

DOÑA LEONOR:

No lo sé.

DON ALFONSO:

Leonor, quien quiere vencer
al amor, intente huir.

DOÑA LEONOR:

¿Que tan presto os queréis ir?

DON ALFONSO:

Para hoy concerté ayer
un partido de pelota.

Adiós.

(Vase ALFONSO .)

DOÑA LEONOR:

Desde el corredor
os quiero ver.

LOPE DE SOSA:

¡Ah! ¿Leonor?

DOÑA LEONOR:

¿Quién llama y quién me alborota?

LOPE DE SOSA:

¡Yo soy! ¿No me conocéis?

DOÑA LEONOR:

¡Ansí! ¿Qué hay, Lope de Sosa?

LOPE DE SOSA:

¿Hay mudanza más graciosa?

DOÑA LEONOR:

Pues bien, señor, ¿qué queréis?

LOPE DE SOSA:

Oí decir que os había
pasado el pecho una flecha
que del cabello, derecha,
de Alfonso al vuestro venía,
y quise saber si es cosa
de algún peligro la herida.

DOÑA LEONOR:

De esa estoy agradecida
pero no estoy peligrosa,
que flechas de los cabellos
por forzadas ocasiones
no pasan de los botones
y así se quedan en ellos.

LOPE DE SOSA:

¿Y queréis dármela a mí?

DOÑA LEONOR:

No me la podré sacar
y témome desangrar,
que no está el remedio aquí.

LOPE DE SOSA:

Id en buen hora.
Yo muero.

DOÑA LEONOR:

¡Ah, celos! ¡Cuántos podéis!
Bien haya, pues me le hacéis,
el que os inventó primero.

(Vase LEONOR .)

LOPE DE SOSA:

¿Qué aguarda mi pensamiento,
que de aborrecer no acaba?
¿Qué aguarda mi loco amor?

Mis esperanzas, ¿qué aguardan?
¡Un mondadientes que acaso
sobre la oreja guardaba
Alfonso es flecha de amor
que a Leonor el pecho pasa!
¡En los botones le lleva
y dice que no la saca
porque desangrarse teme!
¡Melindre en celos! ¡Qué rabia!
Ya con botones de fuego
diré que mi pecho abrasa:
la flecha que lleva en ellos
a mí me penetra el alma.
El favor del mondadientes
atrevidamente habla,
porque de estar en la boca
aprendió lengua tan clara.
Paciencia, amor, o acaba:
si tú no puedes, sinrazones bastan.

(Disparen dos arcabuces y salga TRISTÁN .)

TRISTÁN:

Cuando de tiros y fuego
de Belén arde la playa
y el castillo de San Juan
hace a las naves la salva
que ha traído de la India

el fuerte Vasco de Gama,
¿estás tú con esa flema?

LOPE DE SOSA:

Pues bien que venga o que vaya,
¿qué me importa a mí, Tristán?

TRISTÁN:

¿Pues no es gloria lusitana
que un portugués valeroso
con tres navichuelos salga,
y ciento y cincuenta hidalgos,
de Belén una mañana
a buscar un mundo nuevo
y desde Buena Esperanza,
que antiguamente «el león
del océano» llamaban,
llegue con tantas tormentas
sin ver más que cielo y agua
al golfo de Monicongo
y al reino con que se espantan
los gatos, llamado Zape,
de donde por señas traiga
hombres y mujeres negros,
república gobernada
sin sastres, porque, en efeto,
en los vivos cueros andan
pero como sobre negro

dicen que no se ve nada,
¡pardiez que es gente discreta!
pues no se pierden por galas.
¡Ah, Dios! Si por estas tierras
andar como ellos se usara
qué ricos fuéramos todos,
que se escusaran de infamias.
Las galas han destrüido,
el mundo: todo se gasta
en disparates de telas
y en necedades bordadas.
El diamante que más luce
a una bujía no iguala.
¿Qué es bujía? ¡Ni aun candil!

LOPE DE SOSA:

Calla, bestia; bestia, calla,
que en tiempos de tal desdicha
y de tan loca mudanza
mal bufonizan los libres
a los que tristezas pasan:
paciencia, amor, o acaba:
si tú no puedes, sinrazones bastan.

TRISTÁN:

¿Ahora tenemos eso?
¿Qué amor y qué calabaza?
Ven, señor, a entretenerte:

oirás mentiras más largas
que en la Uliseade Homero
aunque Polifemos haya.
Verás, Lope, lo que cuentan
de los reinos de Zofala,
de Quiloa y Mozambique,
Melinde y Ormuz.

LOPE DE SOSA:
Si hablas
otra palabra en Oriente
no hablarás otra palabra.

TRISTÁN:
Yo, señor, en Portugal
hablo y en la más nombrada
ciudad, que estoy en Lisboa.
Pero digo que allá tratan
del reino de Calicut
y que Vasco...

LOPE DE SOSA:
Malas bascas
te den en el corazón.

TRISTÁN:
¿Pues no fue notable hazaña
atravesar esos mundos?

LOPE DE SOSA:

¡Atraviésete una jara
por medio! ¡Déjame aquí,
déjame!

TRISTÁN:

¿No es cosa brava
que de ciento y cincuenta hombres
que sacó de aquesta playa
no vuelve más de cincuenta?

LOPE DE SOSA:

¿No ves, Tristán, que me matas?
Pues para que también sepas
qué viaje, qué jornada,
han hecho mis pensamientos:
escucha.

TRISTÁN:

Adelante pasa.

LOPE DE SOSA:

Con la nave del deseo
salí por la hermosa playa
de los ojos a buscar
las Indias en una dama.
Embarqué cien mil soldados
con plumas de confianzas,
con armas de mis servicios.

Prometiendo mil hazañas
navegué el mar de Castilla,
también entre cielo y agua:
agua de mi llanto humilde,
cielo de su hermosa cara.
Llegué al cabo en el principio,
pues fue de Buena Esperanza.
Pero estando en ella alegre
revolviose el mar, que estaba,
como era mar de mujer,
sujeto a mayor mudanza.
Mis tres pobres navichuelos,
aunque potencias del alma,
perdieron en la tormenta
árboles, velas y gavias.
Allá fue la racamenta
de trinquetes y mesanas,
aflechates, trizas, trozas,
estayes, escotas, armas...,
favores quiero decir,
papeles, manos, palabras,
con que solo cual me ves
llegué al puerto en una tabla.
Esta quiero que en el templo
del desengaño colgada
a todos diga mi historia.

TRISTÁN:

Sí, pero Vasco de Gama...

LOPE DE SOSA:

Si el Príncipe no viniera
te diera una cuchillada.

(El PRÍNCIPE , con una pala de pelota, DON NUÑO , SILVA y ATAIDE así mismo.)

DON ALFONSO:

No juego más.

DON NUÑO:

Vuestra Alteza
saca valerosamente
pero mucho el perder siente.

DON ALFONSO:

¿A quién no causa tristeza?
¡Este es partido robado!
Pero ayúdeme, Ataide.

DON NUÑO:

Para serlo, lo que pide
Vuestra Alteza.

DON ALFONSO:

Estoy cansado.

DON NUÑO:

Ayúdeme Silva a mí.

DON ALFONSO:

Tomad esa pala allá.

(Salen el REY y un PAJE .)

PAJE:

Aquí con don Nuño está.

REY DE PORTUGAL:

Alfonso, ¿qué hacéis aquí?

DON ALFONSO:

Señor, un poco he jugado.

REY DE PORTUGAL:

¿Es buen entretenimiento?
¿Cómo va del pensamiento
de aquel caballero honrado
que os escribió de Castilla?

DON ALFONSO:

Señor, jugar y cazar
le han divertido de amar.

REY DE PORTUGAL:

No es, Alfonso, maravilla,
y más si añadir pudiera
un pleito.

DON ALFONSO:

Un pleito, señor,
no solamente el amor,
la vida le suspendiera.

REY DE PORTUGAL:

¿No os ha dado gran contento
el ver a Vasco de Gama?

DON ALFONSO:

Cierto que es menos su fama
que su gran merecimiento.

REY DE PORTUGAL:

Mañana veré sus naves.

DON ALFONSO:

Y yo os acompañaré.

SILVA:

¿Aquí está el Prior?

REY DE PORTUGAL:

No sé
que haya nuevas más suaves.

(Sale el PRIOR .)

PRIOR:

Si Vuestra Majestad me diera albricias,
aunque a sus pies las hallo con besarlos,
direle que ya viene la Princesa,
quiero decir que aprestan la jornada
con la mayor grandeza de Castilla.

REY DE PORTUGAL:

De Castilla, Prior, no es maravilla:
porque ella sola es la mayor grandeza,

la mayor gala y la mayor riqueza.
Dale albricias, Alfonso, pues las nuevas
más te tocan a ti.

DON ALFONSO:

Yo lo confieso,
mas Vuestra Majestad me dé qué darle,
que no lo tengo yo sino los brazos.

PRIOR:

Esos estimo tanto que por vida
de mi señor el Rey que no tomase
reinos ni imperios.

DON ALFONSO:

No, Prior, no es justo:
yo os doy.

PRIOR:

No me deis nada.

DON ALFONSO:

Desto gusto.

PRIOR:

No se dirá cuando me dais los brazos
que yo estuve tan necio.

REY DE PORTUGAL:

Alfonso, Alfonso,
deja al Prior, que es grande cortesano:
pero pues tanto tu favor estima,

yo no le di los brazos y yo puedo
hacerle destos mares almirante
que ahora corre el valeroso Gama.

PRIOR:

Serán para que llanos los ofrezca
a vuestras quinas, príncipe perfeto.

REY DE PORTUGAL:

La cárcel voy a visitar.

PRIOR:

Aparte

tengo que daros un retrato hermoso
del ángel castellano y un recado.

DON ALFONSO:

Soy portugués: ya finco enamorado.

(Sale un ALCALDE .)

[ALCALDE:

Poned ese estrado bien,
que vendrá Su Majestad:
ya veis su puntualidad.

CRIADO:

¿Pondré el alfombra también?

ALCALDE:

Limpia esa silla, ¿qué aguardas?

CRIADO:

¿Y quién es hoy relator?

ALCALDE:

Lope de Sosa.

CRIADO:

Señor...

ALCALDE:

Abre, que suenan las guardas.

(Salen chirimías, acompañamiento. LOPE DE SOSA , el PRIOR ; el REY siéntese debajo del dosel.)

REY DE PORTUGAL:

Siempre que en este lugar
fidalgos a verme llego,
del persa me acuerdo luego.

LOPE DE SOSA:

Tú le excedes en juzgar.

REY DE PORTUGAL:

Desollar hizo un jüez
Cambises, y con el cuero
aforró la silla.

PRIOR:

Es fiero
ejemplo y bastó una vez
para los demás jüeces.

REY DE PORTUGAL:

Su hijo en ella asentó,
que del padre se acordó,
por la silla tantas veces.
Cierto que los buenos pueden
con pocas leyes juzgar.

LOPE DE SOSA:

Esa gente haced llamar.

PRIOR:

Los vicio, señor, exceden.

REY DE PORTUGAL:

De la multitud de leyes
Agesilao decía
que los vicios conocía.

PRIOR:

Gran cuidado el de los reyes,
atlantes de un peso eterno.

REY DE PORTUGAL:

Por eso Crisipo un día,
preguntando por qué huía
los oficios del gobierno,
respondió: «Si lo hago mal
a Dios desagradaré,
si bien, a los hombres».

PRIOR:

Fue
respuesta a su nombre igual.

(Sale FERNANDO , preso.)

LOPE DE SOSA:

Este señor está preso
porque mató con violencia
un gobernador.

REY DE PORTUGAL:

¿La causa?

LOPE DE SOSA:

La causa, señor, es esta:
que el Gobernador mató
a su padre.

REY DE PORTUGAL:

Un poco espera.
Di, hombre, ¿no era mejor
pedir la muerte y que fuera
castigado por justicia?

FERNANDO:

Ya la pedí y la sentencia
del juez fue la ocasión
para que muerte le diera.

REY DE PORTUGAL:

¿Pues en qué le sentenció?

FERNANDO:

En que dos años por pena
no pudiese ejercitar
su oficio.

REY DE PORTUGAL:

Estraña sentencia.

FERNANDO:

Yo viéndole libre ya,
puesto que sin vara vuestra,
con el agravio y la sangre
le maté y aún no me pesa.

REY DE PORTUGAL:

¿Dos años le suspendió
del oficio?

LOPE DE SOSA:

Así se prueba.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué oficio tienes?

FERNANDO:

Señor,
zapatero de obra gruesa.

REY DE PORTUGAL:

Pues yo mando que en dos años
coser zapatos no puedas
y te suspendo de oficio,

FERNANDO:

¡Viva mil años Tu Alteza!

(RODRIGO preso.)

LOPE DE SOSA:

Este que ves deste talle
es ladrón.

REY DE PORTUGAL:

En mis galeras
le dad posada de balde.

LOPE DE SOSA:

¿Qué tiempo?

REY DE PORTUGAL:

Diez años sean.

(JULIÁN preso.)

LOPE DE SOSA:

Este, señor, es pintor.

REY DE PORTUGAL:

Honralde por la excelencia
de la pintura.

LOPE DE SOSA:

No es este
de los que el arte profesan
sino destos que en las calles
pinturas infames cuelgan.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué ha hecho?

LOPE DE SOSA:

Retratos tuyos,
mas con pintura tan fea,
como es él tan mal pintor,
que es en tu notable ofensa.

REY DE PORTUGAL:

¿Cómpranlos?

LOPE DE SOSA:

Los ignorantes
de aquesta divina ciencia
de tan pocos conocida.

REY DE PORTUGAL:

Abrilde luego la puerta,
que ya que pinta mi rostro
con mano torpe y grosera,
no a lo menos mis costumbres.

PRIOR:

¡Piedad cristiana y discreta!

LOPE DE SOSA:

Vengan más.

DON ALFONSO:

Julia está aquí.

(JULIA, presa.)

LOPE DE SOSA:

Esta mujer está presa
porque dicen que dio a un hombre
los sesos de cierta bestia.

REY DE PORTUGAL:

¿Qué tiempo tuviste amores
con él?

JULIA:

¡Señor!

REY DE PORTUGAL:

¡No me mientas!

JULIA:

Diez años.

REY DE PORTUGAL:

¿Y no queréis,
que en diez años se convierta
en bestia un hombre? Dejalda
para la primera audiencia:
porque en pasando, Prior,
de un año, quien desto enferma,
los sesos de bestia son
los que él tiene en la cabeza.

(Un LETRADO preso.)

LOPE DE SOSA:

Este es, señor, un filósofo:
claramente se le prueba
haber muerto a su mujer.

REY DE PORTUGAL:

¿Pues por qué?

LOPE DE SOSA:

Por no tenella.

REY DE PORTUGAL:

¿Cómo la mató?

LOPE DE SOSA:

Señor,
tres días tuvo a cautela
una mula sin beber,
puso a su mujer en ella
y llevola a cierto río
concertando una merienda.
La mula en mirando el agua
entró furiosa por ella,
cayó la mujer, ahogose:
sentenciáronle a que muera.

REY DE PORTUGAL:

¡Justamente!

LETRADO:

Señor...

REY DE PORTUGAL:

Dime:
¿no eres letrado? Sentencia
tú mismo esta causa.

LETRADO:

Advierte
una cosa estraña y nueva,
es bien que mi habilidad
tan peregrina se pierda.

REY DE PORTUGAL:

¿En qué la tienes?

LETRADO:

Escucha,
en que fuera de mis letras
haré tan notables cosas
que será la menor dellas
el hacer que un elefante
hable nuestra propia lengua.

REY DE PORTUGAL:

¿Un elefante?

LETRADO:

¿Eso dudas?
Intenta, señor, la prueba
con los que Gama ha traído
o a mil muertes me condena.

REY DE PORTUGAL:

¿En qué término le harás
hablar?

LETRADO:

Diez años.

REY DE PORTUGAL:

Pues sea:
él y el elefante estén
presos mientras que le enseña.

[ALCALDE:

Hombre, ¿qué es lo que habéis dicho?
¿Cómo intentáis tal quimera?

LETRADO:

Callad, alcaide, ¿no veis
que en diez años que me quedan
de término es imposible
claramente que no muera
yo o el Rey o el elefante?

[ALCALDE:

¡Qué peregrina advertencia!

LOPE DE SOSA:

Pues vós, ¡perdonáis este hombre!

REY DE PORTUGAL:

Es por estimar las letras
y porque el mayor castigo

que puede darse en la tierra
es condenar a un discreto
que trate con una bestia.

(PORCELO , preso.)

LOPE DE SOSA:

Este preso es vidriero,
de seis cruzados de pena
apela a vós.

REY DE PORTUGAL:

¿De qué culpa?

LOPE DE SOSA:

Tienen por ofensa nuestra
hacer copas, que por vós
las ha llamado perfectas.

REY DE PORTUGAL:

¿Por qué perfectas las llamas?

PORCELO:

Porque de una de Venecia
en que vós soléis beber
al vivo saqué la muestra
y, como os llaman «perfecto»,
perfectas las puse a ellas.
Pero decidme, señor,
¿el que gobierna la Iglesia
no es más que vós?

REY DE PORTUGAL:

Claro está.

PORCELO:

Pues Roma en públicas tiendas
vende copas papalinas
porque el Papa bebe en ellas.

REY DE PORTUGAL:

Bien decís, y desde hoy más
llamad perfectas las vuestras.

PORCELO:

Pues por Dios que como a naipes
he de poner con licencia.

(ALBERTO, preso.)

LOPE DE SOSA:

Este viene bien ahora:
porque contra él se prueba
decir que no sois perfecto.

REY DE PORTUGAL:

Pues ¿qué cosa hay en la tierra
que en razón de perfección
de todo punto lo sea?
Mas ¿dime en lo que he faltado
para que yo tome enmienda?

ALBERTO:

El mismo nombre perfecto
dentro en sus letras encierra
lo que ha de tener un rey
para que perfecto sea.
Vós tenéis las siete partes
que piden las siete letras,
pero ha sido imperfección
el faltaros la postrera.
Por la 'P' sois propio en fin,
sois portugués, sangre nuestra.
Por la 'E' sois entendido,
y mucho, en todas materias.
Por la 'R' sois resuelto
y por la 'F' a la Iglesia
fiel en las obras y fe,
y fuerte en el defenderla.
Vos sois por la 'E' segunda,
estudioso, honráis las letras.
Por la 'C' compuesto y grave,
como es bien que un rey lo sea.
Por la 'T' temido sois...
La 'O', que es letra postrera,
y olvidado decir quiere:
os falta y queda imperfecta.

REY DE PORTUGAL:

¿Pues olvidado ha de ser
un rey?

ALBERTO:

Sí, de las ofensas
y de cosas ordinarias
que el ejemplo manifiesta.
Un oficio entré a pediros,
cargo honroso de la guerra:
dijístesme que era viejo,
volví a mi casa con pena.
Y como supe mejor
aderecé mi cabeza
y mi barba, y de allí a un mes
volví a ver vuestra presencia.
El mismo oficio os pedí.
Respondistes: «Bueno fuera
que ahora os le diera a vós,
si ahora un mes se me acuerda,
que le negué a vuestro padre».
Pues quien de cosas como estas
se acuerda, ya veis que falta
en esta letra postrera.

REY DE PORTUGAL:

Ya es tarde, venid conmigo,
que porque imperfecto sea,
no me olvidaré de vós

y si sois pobre me pesa.
Porque como no hay halcón
que sin un pájaro duerma
por la frialdad de los pies,
no hay noche que yo no tenga
un hombre pobre en las manos.

LOPE DE SOSA:

¡Qué piedad!

PRIOR:

¡Abrid las puertas!

(Sale el PRÍNCIPE y LEONOR , y chirimías con acompañamiento.)

DOÑA LEONOR:

Pues se casa Vuestra Alteza,
de que el parabién le doy
y sabe también que estoy
por su causa en tal tristeza,
muestre su grandeza en mí.

DON ALFONSO:

Si yo la culpa he tenido
bien lo he pagado.

DOÑA LEONOR:

Yo pido
justicia en esto.

DON ALFONSO:

Es ansí.

DOÑA LEONOR:

Y pues Vuestra Alteza es
hijo de rey tan perfeto,
y no menos que él discreto:
mire que estoy a sus pies.

DON ALFONSO:

Basta, Leonor, levantad,
que no es imposible cosa
hacer que Lope de Sosa
os pague tal voluntad.
Hoy será vuestro marido.

DOÑA LEONOR:

Los pies os vuelvo a besar.

DON ALFONSO:

Ahora yo os quiero enseñar
un retrato que he tenido
de un serafín en belleza.

DOÑA LEONOR:

La Princesa, mi señora,
es un sol que a España dora.

(Sale el PRIOR .)

PRIOR:

¿Agora está Vuestra Alteza
con este descuido aquí?

DON ALFONSO:

¿Pues qué tenemos, Prior?

PRIOR:

Que quiere el Rey mi señor,
y será forzoso ansí,
partir a Yelbes ahora
donde dicen que ya llega
con el guzmán que la entrega
la Princesa, mi señora.

DON ALFONSO:

¡Leonor, adiós!

DOÑA LEONOR:

Vuestra Alteza
cumpla lo que prometió.

DON ALFONSO:

La vuestra imagino yo
por mi pasada tristeza.

(Sale LOPE .)

LOPE DE SOSA:

¿Sabes cómo has de partir
con la Reina?

DOÑA LEONOR:

Tú me adviertes.

(Vanse el PRÍNCIPE y el PRIOR .)

LOPE DE SOSA:

Como tanto te diviertes
bien te puedo yo advertir.
¿Qué retrato te enseñaba
el Príncipe?

DOÑA LEONOR:

Es de su esposa.

LOPE DE SOSA:

¿El suyo no?

DOÑA LEONOR:

¡Linda cosa!
Deja de ser necio, acaba.

LOPE DE SOSA:

Como no puedo dejar
de ser celoso, no puedo
dejar de ser necio.

DOÑA LEONOR:

El miedo
con que ya te vengo a hablar
me aparta, Lope, de ti.

LOPE DE SOSA:

¿Pues de qué tienes temor?

DOÑA LEONOR:

De que ofendes el amor
honesto que puse en ti.
Vine a tus manos ingratas
donde ya la muerte espero
por lo bien que yo te quiero
y lo mal que tú me tratas.

(Vase.)

LOPE DE SOSA:

¡Señora, señora, advierte!
Porque si yo te ofendí...
Fuese y dijo que por mí
espera, Leonor, la muerte.
Haced amistad mis ojos
conmigo, que no hay mayor
gusto que paces de amor
después de celos y enojos.

(Salen chirimías y el acompañamiento posible, la PRINCESA por palenque y el GUZMÁN DE SIDONIA .)

PRINCESA:

De la fiesta estoy contenta.

GUZMÁN DE SIDONIA:

Muy bien nos han recibido.

PRINCESA:

Por la carta que he tenido
el Rey, mi señor, intenta

venir con Su Alteza aquí.

GUZMÁN DE SIDONIA:

La reina vendrá también.

PRINCESA:

Vendrá todo junto el bien,
que no hay más bien para mí.

(Sale la música, acompañamiento, el REY , la REINA , el PRÍNCIPE , LEONOR , LOPE y PRIOR .)

REY DE PORTUGAL:

Bien nos podéis dar los brazos
como a padres vuestros ya.

PRIOR:

Quien a vuestros pies está
y sube a tales abrazos
podrá decir que ha medido
lo que hay de la tierra al cielo.

REY DE PORTUGAL:

Hoy tengo todo el consuelo
con veros que al cielo pido.

DON ALFONSO:

Dadme, señora, las manos.

PRIOR:

Turbada estoy con razón.

REY DE PORTUGAL:

Esta generosa unión
es vuestra paz, lusitanos.
Dad vuestra mano a Leonor.

PRIOR:

Seas, Leonor, bien hallada.

DOÑA LEONOR:

Y vós para bien casada
con prenda de tal valor.

PRIOR:

Yo te traigo un casamiento.

DON ALFONSO:

Eso no, señora esposa,
que es para Lope de Sosa.

PRIOR:

Basta si es a tu contento.

DON ALFONSO:

Mi Camarero mayor
y marqués de Marialva
le hago.

LOPE DE SOSA:

Con esa salva
daré la mano a Leonor.

DOÑA LEONOR:

Este fue el premio de amarte.

LOPE DE SOSA:

Y aquí, senado discreto,
cesa El Príncipe perfeto
hasta la tercera parte.

Índice

Dedicatoria	4
Personas	7
Acto I	9
Acto II	63
Acto III	118